

CONTENIDO

Introducción	02
Prólogo del autor	04
Citas varias	05
I Cargadores que trabajan treinta y siete horas	07
II Indiferencia de la sociedad mientras hombres mueren..	11
III Justificación del sistema existente por la ciencia..	13
IV La aseveración de la ciencia económica que los trabajadores rurales deben entrar al sistema de producción en fábricas	15
V Por qué sabios economistas confirman lo que es falso	19
VI Bancarrota del ideal socialista.....	21
VII Cultura o Libertad.....	24
VIII La esclavitud existe entre nosotros.....	26
IX ¿Qué es la esclavitud?.....	29
X Leyes que se refieren a Impuestos, Tierra y Propiedad.....	31
XI Las leyes – causa de la esclavitud.....	34
XII La esencia de la legislación es la violencia organizada.....	36
XIII ¿Qué son los gobiernos? ¿Es posible existir sin gobiernos?.....	38
XIV ¿Cómo se pueden abolir los gobiernos?.....	42
XV ¿Qué debería hacer cada hombre?.....	47
Un pensamiento posterior	51
Notas suplementarias.....	52

INTRODUCCIÓN

León Tolstoy, como tantos otros radicales rusos, incluyendo a Herzen, Bakunin y Kropotkin, fue uno de esos miembros de la aristocracia terrateniente que, inspirado por el ejemplo de los Decembristas y la influencia de los revolucionarios de occidente, lideró el movimiento contra la opresión social que su propia clase representaba.

Nació en 1828, en el seno de una familia noble. En 1843 ingresó a la Universidad de Kazan, pero la influencia más significativa en sus primeros años fue el descubrimiento de Rousseau y los otros filósofos radicales franceses, quienes lo influenciaron tanto que él mismo intentó enseñarles los principios cooperativos a los campesinos para contrarrestar las periódicas hambrunas a las cuales fueron sometidos durante el siglo XIX.

Muy pronto se dio cuenta, sin embargo, que la única manera de ayudar a los campesinos era “bajarse de sus espaldas”, y además de escribir contra la institución de la servidumbre, él se anticipó a su abolición al liberar a sus propios siervos.

En 1851 se retiró a vivir en el Cáucaso, pero fue persuadido de entrar al ejército y participó en la guerra de Crimea, una experiencia que le dejó un odio permanente a la guerra y a la violencia.

De 1857 a 1861 hizo tres viajes al exterior, y luego regresó a su finca Yasnaya Poliana, que se convirtió en el centro de sus actividades por el resto de su vida. Allí se dedicó a escribir novelas que lo hicieron mundialmente famoso, y también a mejorar las condiciones de los campesinos y a despertar su conciencia. Durante la siguiente década escribió *Los Cosacos*, *La Guerra y la Paz*, y *Anna Karenina*, así como también inició su escuela experimental para educar a los campesinos de su distrito.

El estudio de los revolucionarios de Europa Occidental ya había enseñado a Tolstoy a rechazar el sistema en el cual él mismo estaba comprometido, y cuando, años más tarde, fue atraído por la religión, fue el aspecto radical del cristianismo y la enseñanza de la hermandad fundamental de todos los hombres y el valor supremo del ser humano individual lo que lo atrajo. El resultado de esta doble influencia de radicalismo político y cristianismo literal fue una clase de anarquismo religioso, en el cual Tolstoy rechazó tanto la Iglesia como el Estado, predicó la necesidad de una religión personal y de una responsabilidad social, y dio una nueva expresión a las doctrinas de la no violenta resistencia a la autoridad que ya había sido expuesto por Thoreau y más tarde puesta en práctica en la lucha hindú por la independencia, por su discípulo Gandhi.

El desarrollo de esta actitud llevó a Tolstoy a darse cuenta que todas las barreras sociales y las estratificaciones de clases eran perniciosas y que sólo por medio de la abolición de la propiedad (en tierra) y la nivelación de las clases se lograría el verdadero progreso humano en dirección de la libertad.

De acuerdo con esto, decidió compartir su vida y su trabajo con los campesinos. En 1880 renunció a su propiedad, y trabajó en faenas agrícolas con los trabajadores. Esta solución fue parcial y no satisfactoria pues había traspasado su propiedad a su esposa e hijos, cuyas

ideas no eran tan radicales como las suyas, y conservaba ciertas ventajas que los campesinos no compartían. Sin embargo, este ejemplo produjo algo bueno, y durante esos años se alejó del trabajo literario que le había dado fama, para escribir panfletos y ensayos describiendo sus ideas religiosas y sociales. Estos escritos tuvieron gran influencia en Rusia y en otras partes.

Al final del siglo se enfrentó a las autoridades zaristas sobre el problema de la persecución a los Doukhobors, una secta que disentía del cristianismo y quienes pusieron en práctica el rechazo de Tolstoy a la autoridad, propiedad y violencia. En gran parte por la enérgica interferencia de Tolstoy, gran parte de los Doukhobors fueron autorizados para dejar a Rusia y buscar asilo en Canadá donde, desafortunadamente, pronto se reinició su persecución. Esta intervención le trajo a Tolstoy la enemistad tanto del Estado como de la Iglesia, pero su reputación internacional fue suficientemente grande para protegerlo de la persecución personal, excepto por la excomunión de una Iglesia que él no reconocía.

Pasados los 70 años llegó a darse cuenta que el logro de sus ideales estaba frustrado por el compromiso que había hecho de seguir viviendo con su familia en Yasnaya Polyana, y decidió dejar su vieja casona para vivir independientemente, como los pobres con los cuales deseaba identificarse. Pero ya estaba muy viejo y débil y el resultado de su demorada huída fue un ataque de pulmonía del cual murió en 1910, a la edad de 82 años.

“La Esclavitud de Nuestros Tiempos”, escrita un año antes de su muerte, resume sus opiniones más bien desde un punto de vista social que religioso, y se dispone, a partir de una consideración de los males de la sociedad actual, a elaborar una concisa pero formidable acusación a la propiedad, las leyes, el gobierno, y la esclavitud que ellos producen. Critica el socialismo ortodoxo, y propone una alternativa ideal de cambio radical a través de la acción responsable de los individuos, basado en el rechazo de la autoridad y la violencia. Ciertamente es una de las mejores exposiciones del radicalismo cristiano en su forma más extrema y lógica.

Aylmer Maude, el traductor de este panfleto (del ruso al inglés – GL) fue íntimo amigo y discípulo de Tolstoy y fue el traductor autorizado de todas sus obras. Las notas aclaratorias son de Maude y en algunos casos dan información fuera de la época, pero se ha decidido mantenerlas para que la reproducción fuera auténtica, y donde era necesario se amplió con notas adicionales al final.

La edición original de “La Esclavitud de Nuestros Tiempos”, en inglés estaba libre de “derechos de edición” con la intención de dar la más amplia publicidad a los puntos de vista de Tolstoy, pero debemos reconocer la asistencia de la Oxford University Press, publicistas de la traducción que hizo Maude de las obras completas de Tolstoy, en la publicación de esta obra.

G.W.

PROLOGO DEL AUTOR
“Los que viven por la espada morirán por la espada”

Hace casi 15 años que el censo de Moscú ocasionó en mí una serie de pensamientos y sentimientos que ya expresé, como mejor pude, en una obra titulada “**¿Qué debemos entonces hacer?**”. Hacia el final del último año (1889) una vez más reconsideré los mismos interrogantes, y las conclusiones a que llegué eran las mismas que las expresadas en ese libro. Pero, como creo que durante estos 15 años he reflexionado con más calma y detalle sobre los interrogantes que discutí en esa obra en relación con las enseñanzas que existen y se difunden entre nosotros, ahora ofrezco al lector nuevas consideraciones que llevan a las mismas respuestas anteriores. Pienso que estas consideraciones pueden ser de uso a la gente que honestamente trata de elucidar su posición en sociedad, y para definir claramente las obligaciones morales que fluyen de esa posición. Por lo tanto les doy publicidad.

El pensamiento fundamental, tanto de ese libro como de éste, es el repudio a la violencia. Ese repudio lo aprendí, y lo entendí, de los Evangelios, donde está muy claramente expresado en las palabras, “Y se os dijo, un ojo por un ojo...”, os han enseñado a oponer violencia a la violencia, pero yo os enseño: voltead la otra mejilla cuando os golpean; esto es, sufrid violencia pero no la empleéis. Yo sé que el uso de esas palabras – y como consecuencia de las pervertidas interpretaciones sin reflexionar por parte de los liberales y de los eclesiásticos, que en esta materia están de acuerdo – será una razón para que los así llamados hombres cultos no lean este artículo, o para que estén en su contra; mas, sin embargo yo coloco esas palabras como epígrafe de esta obra.

No puedo evitar que la gente que se considera a sí misma iluminada al considerar que las enseñanzas de los Evangelios constituyen una guía obsoleta de la vida – una guía ya sobrepasada por la humanidad. Pero yo puedo indicar la fuente de donde saqué conciencia de una verdad que la gente está lejos de reconocer y que por sí sola puede salvar a los hombres de sus sufrimientos. Y esto es lo que voy a hacer.

Julio 11, 1900

** Habéis oído que se dijo: Ojo por ojo y diente por diente (Mateo 5:38, Éxodo 21:24).*

** Pero yo os digo: No me hagáis frente al malvado; al contrario, si alguno te abofetea en la mejilla derecha, vuélvele también la otra (Mateo 5:39).*

** Y al que quiera litigar contigo para quitarte la túnica, déjale también el manto (Mateo 5:40).*

** Dad a todo el que pida y no reclames de quien toma lo tuyo (Lucas 6:30).*

** Tratad a los hombres de la manera en que vosotros queréis ser de ellos tratados (Lucas 6:31).*

** Y todos los que creían vivían unidos, teniendo todos sus bienes en común (Hechos 2:44).*

** Él (Jesús) respondiendo les dijo: Por la tarde decís: Buen tiempo, si el cielo está arrebolado (Mateo 16:2).*

** Y a la mañana: Hoy habrá tempestad, si en el cielo hay arboles oscuros. Hipócritas, sabéis discernir el aspecto del cielo, pero no sabéis discernir las señales de los tiempos (Mateo 16:3).*

***El sistema en el cual actúan las naciones de la tierra, se basa en una gran decepción, o en la mayor de las ignorancias, o en una mezcla de ambas: de tal modo que si no hay modificación posible de los principios en los cuales se basa nunca producirá el bien al hombre; por el contrario, sus resultados prácticos tienen que producir siempre el mal – Robert Owen.*

****Últimamente hemos estudiado y perfeccionado la gran invención de la división del trabajo; sólo que le damos un falso nombre. No es en realidad el trabajo lo que se divide, sino los hombres: Divididos en meros segmentos de hombres – resquebrajados en pequeños fragmentos y migajas de vida; de tal manera que el pedacito de inteligencia que le queda al hombre no es capaz de hacer un alfiler o un clavo, sino que se agota en hacer la cabeza del alfiler o del clavo. Ahora bien, como es una cosa buena y deseable hacer muchos alfileres al día; pero si sólo pudiéramos ver con qué cristal de arena se pulen las puntas – arenas de almas humanas – deberíamos pensar que hay en ello alguna pérdida.*

Los hombres son presionados, encadenados, atormentados, puestos al yugo como bueyes, exterminados como moscas de verano, y sin embargo en un sentido, en el mejor de ellos, permanecen libres. Pero sofocar sus almas con ellos, marchitar y convertir en troncos podridos las nutrientes ramas de su inteligencia, convertir la carne y la piel en correas para amarrar la maquinaria – es verdadera esclavitud... Es esta degradada conversión del operador en máquina, lo que lleva a la mayoría de las naciones a una lucha vana, incoherente y destructiva por una libertad cuya naturaleza no pueden explicarse ellos mismos. Su lucha universal contra la riqueza, y contra la nobleza, no se origina por la presión del hambre o el pinchazo de un orgullo mortificado. Estos elementos contribuyen y han contribuido en todas las épocas, pero las fundaciones de la sociedad nunca fueron sacudidas como hoy en día.

No es que los hombres estén mal alimentados sino que no tienen placer alguno por el trabajo que les da el pan, y por lo tanto miran a la riqueza como único medio de placer.

No es que los hombres están afligidos por el desprecio de las clases altas, sino que no pueden soportar su propio desprecio, porque sienten que el trabajo al cual están condenados es degradante, y los hace menos que hombres. Nunca habían tenido las clases altas tanta simpatía por las clases bajas, o tanta caridad como hoy en día, y sin embargo nunca han sido más odiadas.

“The Stones of Venice”, por John Ruskin.

LA ESCLAVITUD DE NUESTROS TIEMPOS

CAPÍTULO I – CARGADORES QUE TRABAJAN TREINTA Y SIETE HORAS

Un conocido mío que trabaja en el ferrocarril de Moscú a Kursk pesando en las básculas, en el curso de la conversación me mencionó que los cargadores que llevan las mercancías a pesar, trabajan treinta y seis horas seguidas.

Aunque yo confiaba en su palabra no podía creerle. Pensé que estaba cometiendo un error, o exagerando, o que yo le había entendido mal.

Pero mi conocido narra las condiciones bajo las cuales este trabajo se llevaba a cabo tan exactamente, que no había lugar para dudar. Me dijo que hay doscientos cincuenta de esos hombres en la estación Kursk de Moscú. Están divididos en cuadrillas de cinco hombres cada una, que les pagan por unidad, y recibían de 1 a 1.15 rublos por mil “poods” (más de dieciséis toneladas) de mercancías recibidas y despachadas.

Entran por la mañana y trabajan todo el día y toda la noche descargando vagones y cuando termina la noche comienzan a cargar de nuevo y trabajan hasta el día siguiente. Así, de cada dos días logran dormir una noche.

Su trabajo consiste en descargar y mover fardos de siete, ocho y hasta diez “poods” (digamos 100, 120 y 150 Kg.). Dos hombres colocan los fardos en la espalda de los otros tres que las movilizan. Pero con tal trabajo apenas ganan un rublo al día: Trabajan continuamente, sin vacaciones.

La narración dada por mi conocido era tan detallada que era imposible dudar; y sin embargo decidí verificarlo con mis propios ojos y fui a la estación de carga.

Al encontrarme con mi conocido en la estación le dije que había venido a verificar lo que me había dicho.

- “Nadie me lo cree”, le dije.

Sin responderme, llamó a alguien en el cobertizo: “Nikita, venga”.

Por la puerta apareció un trabajador alto, delgado, con el abrigo roto.

- “¿Cuándo comenzó a trabajar?”.

- “¿Cuándo? Ayer por la mañana”.

- “¿Y dónde estaba anoche?”.

- “Descargando, por supuesto”.

- “¿Trabajó usted durante la noche?”, le pregunté.

- “Por supuesto que trabajamos”.

- “¿Y a qué hora comenzó a trabajar hoy?”.

- “Comenzamos en la mañana – ¿cuándo más deberíamos empezar?”.

- “¿Y cuándo terminan?”.

- “Cuando nos dejen ir; entonces terminamos!”

Los otros cuatro de la cuadrilla se acercaron. Todos llevaban abrigos rotos sin sobretodos, aunque la temperatura era de 20°C bajo cero.

Comencé a preguntarles acerca de las condiciones de su trabajo, y evidentemente los sorprendí al interesarme por algo tan simple y natural (así les parecía) como treinta y seis horas de trabajo seguido.

Todos eran aldeanos; la mayoría campesinos de mi tierra Tula. Algunos, sin embargo, eran de Orla y algunos de Voronesh. Vivían en inquilinatos en Moscú; algunos con sus familias, pero la mayoría sin ellas. Los que se venían solos enviaban sus salarios a casa.

Se hospedaban con contratistas. La comida les costaba 10 rublos por mes. Siempre comen carne, desatendiendo los ayunos.

Su trabajo siempre los mantenía ocupados por más de treinta y seis horas seguidas, puesto que se gastaban más de media hora para ir al alojamiento y regresar; y además, a menudo tenían que quedarse después de la hora fijada.

Pagando por su propia comida, ganan por esas treinta y siete horas seguidas alrededor de 25 rublos mensuales.

A mi pregunta “¿Por qué hacían ese trabajo de convictos?” respondieron:

- “¿Y a dónde puede ir uno?”.
- “¿Pero por qué treinta y seis horas seguidas? ¿No se puede arreglar el trabajo por turnos?”.
- “Hacemos lo que nos dicen”.
- “Sí, ¿pero por qué lo aceptan?”.
- “Lo aceptamos porque tenemos que alimentarnos nosotros mismos. ‘Si no le gusta, lárguese’. Si tan siquiera uno llega tarde una hora, le rompen el pase y lo despiden; y hay diez hombres listos para ocupar el puesto”.

Los hombres todos eran jóvenes; sólo uno era algo más de edad, tal vez unos cuarenta. Sus caras demacradas, ojos agotados y cansados como si estuvieran borrachos. El trabajador flaco con quien primero hablé me llamó la atención por su extraña apariencia. Le pregunté si había estado bebiendo licor.

- “Yo no bebo”, me contestó, de una manera decidida como lo hacen los que verdaderamente nunca beben.
- “Y tampoco fumo”, añadió él.
- “Y los demás, ¿beben licor?”, pregunté.
- “Sí, se lo traen aquí”.
- “El trabajo no es liviano y un trago siempre agrega resistencia”, dijo el de más edad. Este hombre había estado bebiendo ese día pero no se le notaba.

Luego de un poco más de conversación con los trabajadores me fui a verlos trabajar.

Después de pasar unas hileras de mercancías de todas clases, llegué donde algunos trabajadores empujaban lentamente un vagón cargado. Posteriormente me enteré que los

hombres tenían que maniobrar ellos mismos los vagones y mantener las plataformas libres de nieve, sin que se les reconociera pago por ello. Así se estipula en las “Condiciones de Pago”. Estos trabajadores eran tan harapientos y demacrados como aquellos con quienes había estado conversando. Cuando ya habían movido el vagón a su lugar, me arrimé y les pregunté cuando habían empezado a trabajar y cuando habían cenado.

Me dijeron que habían empezado a las siete de la mañana y acababan de comer. El trabajo los había prevenido de salir más temprano.

- “¿Y a qué horas terminan?”.

- “Sucede que algunas veces no antes de las diez”, replicaron los hombres como haciendo alarde de su resistencia. Al ver mi interés en su posición, me rodearon y probablemente creyéndome un inspector, varios de ellos, hablando al tiempo, me informaron de lo que evidentemente era su queja principal, que el lugar donde podían algunas veces calentarse y que les mermaba una hora de sueño entre el trabajo de día y el de la noche, estaba atestado. Todos expresaron su descontento por este apretujamiento.

- “Hay tal vez cien hombres, y no hay donde acostarse – hasta debajo de los estantes está ocupado”, dijeron algunas voces insatisfechas.

- “Mire usted mismo, está cerca de aquí”.

El salón no era lo suficientemente grande. En el de diez metros, unos cuarenta hombres podían encontrar espacio en los estantes.

Algunos de los hombres entraron al salón conmigo y competía el uno con el otro en quejarse sobre la insuficiencia de espacio.

-“Ni debajo de los estantes se puede acostar uno”, dijeron.

Estos hombres - que trabajan a veinte grados bajo cero, sin abrigo, llevan en sus espaldas cargas de 120 Kg. durante treinta y seis horas; que cenan y beben a sorbos, no cuando necesitan alimento, sino cuando sus capataces les permiten comer; que, en general, viven peor que los caballos de tiro – parece extraño que sólo se quejaran de insuficiente espacio en el salón donde podían calentarse. Pero, aunque esto me pareciera extraño al principio, sin embargo al considerar más a fondo su posición, entendí ese sentimiento de tortura que estos hombres, que nunca duermen lo suficiente y que permanecen medio congelados, deben experimentar cuando, en lugar de descansar y calentarse, tienen que acomodarse en un piso sucio debajo de los estantes, y ahí, en un ambiente de aire viciado y mala ventilación, se tornaban más débiles y más desilusionados.

Quizás sólo durante esa hora de vano intento de descanso y sueño penosamente se dan cuenta del horror de su destructora jornada de treinta y siete horas, y por eso están especialmente agitados por la aparentemente insignificante circunstancia de la congestión en su salón.

Después de haber observado el trabajo de varias cuadrillas, y haber hablado con otros hombres más, y oído la misma historia de ellos, regresé a casa convencido que mi conocido me había dicho la verdad.

Era cierto que por una mera subsistencia, la gente, que se considera libre, pensó necesario entregarse a un trabajo tal, al cual en los días de la servidumbre ningún dueño de esclavos, por cruel que fuese, enviaría a sus esclavos. Y no sólo los dueños de esclavos, ningún cochero enviaría a su caballo a tal trabajo porque los caballos cuestan dinero, y sería un desperdicio que por un trabajo excesivo de treinta y siete horas se acortase la vida de un valioso animal.

CAPÍTULO II – INDIFERENCIA DE LA SOCIEDAD MIENTRAS HOMBRES MUEREN

Para obligar a hombres a trabajar durante treinta y siete horas continuas, sin dormir, además de cruel es también antieconómico. Y aun así ese gasto antieconómico de vidas humanas continúa a nuestro alrededor.

Frente a mi casa (evidentemente se refiere a la casa de su esposa en Moscú, donde Tolstoy pasaba los meses de invierno – Traductor) hay una fábrica de productos de seda, construida con los últimos adelantos técnicos. Allí trabajan y viven cerca de tres mil mujeres y setecientos hombres. Desde mi cuarto donde me siento oigo el incesante estrépito de la maquinaria y sé – porque he estado allí – lo que ese estrépito significa. Tres mil mujeres están de pié; durante doce horas al día, en los telares, en medio de un ruido ensordecedor; envolviendo y desenvolviendo, arreglando los hilos para hacer artículos de seda. Todas las mujeres (excepto las que acaban de llegar de las aldeas) no tienen una apariencia saludable. La mayoría llevan una vida entregada a la bebida e inmoral. Casi todas, casadas o no, tan pronto como nace un niño lo envían a la aldea o al hospital Foundling – donde el 80 % de ellos perece. Por temor a perder su puesto las madres reanudan su trabajo al día siguiente, o al tercer día, después del parto.

Así que, durante veinte años que yo sepa, decenas de miles de mujeres jóvenes, llenas de salud – madres – han arruinado sus vidas, y continúan arruinándolas, y las vidas de sus hijos, para producir pana y artículos de seda.

Ayer me encontré un mendigo, un joven en muletas, fornido, pero inválido. Antes trabajaba como peón con su carreta pero resbaló y se accidentó internamente. Gastó todo lo que tenía en curanderas campesinas y en médicos, y durante ocho años no ha tenido habitación, ha pedido para comer, y se ha quejado a Dios por no haberle enviado la muerte.

Cuantos de estos sacrificios de la vida hay, de los cuales nada sabemos o sí sabemos pero no lo notamos – considerándolos inevitables.

Yo sé de hombres que trabajaban en los altos hornos de la Fundación de Hierro de Tula, que para lograr un domingo libre cada quincena, deben trabajar durante veinticuatro horas, esto es, después de trabajar todo el día deben continuar durante la noche. Yo he visto a estos hombres. Todos beben vodka para mantener su energía; y obviamente como los que cargan mercancías en el ferrocarril, gastarán no el interés sino el capital de sus vidas.

¿Y qué decir de ese desperdicio de vidas entre los que están empleados en trabajos a sabiendas perjudiciales, como producción de espejos, cartón, cerillas, azúcar, tabaco y fábricas de vidrio; en minas o limpiando pozos sépticos?

Hay estadísticas inglesas que indican que el promedio de vida entre las gentes de las clases altas es de cincuenta y cinco años y el de las clases trabajadoras en ocupaciones malsanas es de veintinueve años.

Al saber esto (y no podemos no saberlo) nosotros, los que nos aprovechamos del trabajo que cuesta vidas humanas – deberíamos, así lo pensaríamos (al menos que seamos bestias), ser incapaces de disfrutar un momento de paz. Pero el hecho es que – gente rica, liberales y humanitarios, muy sensibles a los sufrimientos no sólo de la gente sino también de los animales – continuamente hacemos uso de tal trabajo, y tratamos de hacernos cada vez más y más ricos, esto es de aprovecharnos más de su trabajo. Y permanecemos tranquilos.

Por ejemplo, después de saber del trabajo de treinta y siete horas de los cargadores del ferrocarril y de su inapropiado salón, enviamos inmediatamente un inspector (que recibe buen salario), y le prohibimos a la gente trabajar más de doce horas; y dejamos a los trabajadores (a quienes se les priva de un tercio del salario) que se alimenten lo mejor que puedan; y obligamos a la Compañía ferroviaria a construir un salón adecuado. Entonces con conciencias perfectamente satisfechas continuamos recibiendo y despachando mercancías por ese ferrocarril, y continuamos recibiendo nuestros salarios, dividendos, y alquileres de casas y tierras, etc. Y después de saber que las mujeres y chicas en la fábrica de sedas, que viven lejos de sus familias, arruinan sus vidas y las de sus hijos; y que más de la mitad de las lavanderas que almidonan y aplanchan nuestras camisas, y que los que arman los bloques e imprimen los libros y periódicos que nos hacen gastar el tiempo adquieren tuberculosis – nosotros sólo nos encogemos de hombros y decimos que sentimos mucho que las cosas sean así, pero que no podemos hacer nada para alterarlo; y continuamos con nuestras conciencias tranquilas comprando artículos de seda, usando camisas almidonadas, y leyendo nuestro periódico de la mañana. Nos preocupan las horas de los empleados de almacén, y más aun las horas de nuestros hijos en la escuela; y prohibimos estrictamente a los cocheros arrastrar cargas pesadas y hasta organizamos el sacrificio de ganado en mataderos para que los animales sientan lo menos posible. Pero qué tan maravillosamente ciegos nos volvemos tan pronto como se trata de esos millones de trabajadores que perecen lentamente, y a menudo con dolor, alrededor de nosotros, en ocupaciones el fruto de las cuales usamos para nuestra conveniencia y placer.

CAPÍTULO III – JUSTIFICACIÓN DEL SISTEMA EXISTENTE POR LA CIENCIA

Esta maravillosa ceguera que cae sobre la gente de nuestro círculo puede explicarse sólo por el hecho que cuando la gente se comporta mal siempre inventan una filosofía de la vida que representa sus malas acciones no como malas del todo, sino únicamente como resultado de inalterables leyes lejos de nuestro control. En los tiempos antiguos tal punto de vista de la vida se hallaba en la teoría de que existía un deseo inescrutable e inalterable de Dios que ordenaba a unos hombres una posición humilde y de duro trabajo, y a otros una posición elevada y con disfrute de las cosas buenas de la vida.

Sobre este tema se escribió una cantidad enorme de libros y se predicó una innumerable cantidad de sermones. El tema se trataba desde todo ángulo posible. Se demostró que Dios había creado diferentes clases de gente: esclavos y amos; y que ambos debían estar satisfechos con su posición. Se demostró además que sería mejor para los esclavos en el otro mundo; y luego se mostraba que aunque los esclavos eran esclavos, y debían permanecer así, su condición no sería tan mala si sus amos fueran bondadosos con ellos. Luego vino la última explicación, después de la emancipación (1), que la riqueza era encomendada por Dios a algunos para que usaran parte en obras buenas; y así no era perjudicial que algunos fueran ricos y otros pobres.

Estas explicaciones satisficieron a los ricos y a los pobres (especialmente a los ricos) por mucho tiempo. Pero el día llegó cuando las explicaciones no eran satisfactorias, especialmente para los pobres, que empezaron a entender su posición. Entonces se necesitaban nuevas explicaciones. Y fueron producidas exactamente cuando se necesitaban (2). Estas nuevas explicaciones vinieron en forma de ciencia; la economía política declaró que había descubierto las leyes que regulan la división del trabajo y la distribución de los productos del trabajo entre los hombres. Estas leyes, de acuerdo a esa ciencia son: que la división del trabajo y el disfrute de sus productos depende de la oferta y la demanda, del capital, renta, salarios, valores, utilidades, etc.; en general, en leyes inalterables que gobiernan las actividades económicas del hombre.

Pronto se escribieron numerosos libros y panfletos sobre este tema y se dictaron conferencias y se han publicado tratados y predicado sermones sobre el tema anterior; y todavía, sin cesar, se escriben montañas de panfletos y libros, y se dictan conferencias; y todos estos libros y conferencias son tan oscuros e ininteligibles como los tratados y sermones teológicos; y todos ellos, como los tratados teológicos, completamente logran su objetivo; esto es, dan una explicación tal del orden de las cosas existentes que justifica a algunos el abstenerse de trabajar y de vivir del trabajo de otros.

El hecho es que la investigación de esta pseudo-ciencia ha sido llevada a mostrar el orden general de las cosas, no la condición de las gentes en un pequeño país bajo circunstancias excepcionales – Inglaterra al final del siglo XVIII y comienzos del XIX (3) – y este hecho no aminoró en lo más mínimo la aceptación como válida de los resultados a los cuales llegaron los investigadores, ni la similar aceptación aminora las disputas y desacuerdos interminables entre los que estudian dicha ciencia y son incapaces de ponerse de acuerdo en cuanto al

significado de renta, plusvalía, ganancias, etc. Sólo se ha reconocido una posición fundamental para todos, y esta es que las relaciones entre los hombres están condicionadas, no por lo que la gente considera correcto o incorrecto, sino por lo que es ventajoso para los que están en posición ventajosa.

Se admite como verdad sin duda, que si en una sociedad aparecen muchos ladrones que quitan a los trabajadores el fruto de su trabajo esto sucede no porque los ladrones actúen incorrectamente sino porque así son las inevitables leyes económicas, que sólo pueden modificarse lentamente por un proceso evolucionario indicado por la ciencia; y por lo tanto, de acuerdo a la guía de la ciencia, los que pertenecen a la clase de ladrones, o reducidos de mercancías robadas, pueden calmadamente continuar usando las cosas obtenidas por medio del robo.

Aunque la mayoría de las gentes de nuestro mundo no conocen los detalles de estas tranquilizadoras explicaciones científicas, como tampoco conocieron los detalles de las explicaciones teológicas, que justificaban su posición, sin embargo saben que hay una explicación, que los científicos, los sabios, han comprobado muy convincentemente, y continúan comprobándolo, que el orden existente es el que debe ser, y que por lo tanto debemos vivir bajo este orden sin tratar de alterarlo.

Solamente de esta manera puedo explicar la extraordinaria ceguera de la gente de bien de nuestra sociedad, que sinceramente desea el bienestar de los animales, pero que con conciencia tranquila devoran las vidas de sus hermanos.

CAPÍTULO IV – LA ASEVERACIÓN DE LA CIENCIA ECONÓMICA QUE TODOS LOS TRABAJADORES RURALES DEBEN ENTRAR AL SISTEMA DE PRODUCCIÓN EN FÁBRICAS

La teoría de que es deseo de Dios que algunos hombres posean a otros hombres, satisfizo a la gente por mucho tiempo. Pero esa teoría, al justificar la crueldad, causó tanta crueldad que produjo resistencia y dudas sobre la verdad de la teoría.

Lo mismo ahora con la teoría que una evolución económica, guiada por leyes inevitables, está progresando, y como consecuencia de la cual algunos hombres deben acumular capital, y otros deben trabajar todas sus vidas para aumentar esos capitales, y prepararse mientras tanto para la prometida socialización de los medios de producción, esta teoría, que hace que algunos sean todavía más crueles con los otros, también comienza a despertar ciertas dudas (especialmente entre la gente común que no está embrutecida por la ciencia).

Por ejemplo, vemos trabajadores del ferrocarril que destruyen sus vidas trabajando treinta y siete horas, o mujeres en fábricas o lavanderas o trabajadores en imprentas, o todos esos millones de personas que viven en duras condiciones innaturales de trabajo monótono, embrutecedor y servil, y naturalmente uno se pregunta ¿qué ha llevado a esta gente a tal condición?, y ¿cómo debemos liberarlos de ella?. Y si la ciencia responde que esa gente está en esas condiciones porque el ferrocarril pertenece a esta Compañía, la fábrica de sedas a tal caballero, y todas las fundiciones, fábricas, imprentas, y lavanderías a los capitalistas; y que este estado de cosas se compondrá si se forman sindicatos, sociedades cooperativas, si se tiene derecho a la huelga o se participa en el gobierno, y con más balanceo de los dirigentes y el gobierno, hasta que los trabajadores obtengan primero la reducción de las horas de trabajo y mejores salarios, y finalmente cuando los medios de producción estén en sus manos; y entonces – todo estará bien. Mientras tanto todo sigue igual y no hay necesidad de cambiar nada.

Esta respuesta debe parecer muy extraña a un hombre iletrado, y particularmente a nuestro campesino ruso. En primer lugar ni con relación a los que cargan mercancías, ni a las mujeres de las fábricas, ni a millones de otros trabajadores que sufren de un trabajo pesado, insalubre y embrutecedor, la posesión de los medios de producción por parte de los capitalistas explica nada. Los medios de producción agrícola de esos hombres que trabajan en los ferrocarriles no han sido incautados por los capitalistas; ellos tienen tierra y caballos y arados y rastrillos y todo lo necesario para cultivar la tierra; también las mujeres que trabajan en las fábricas no solo no están obligadas a ello por ser privadas de sus implementos de producción, sino por el contrario, ellos (para la mayoría contra los deseos de los miembros mayores de la familia) han abandonado las casas donde su trabajo era más deseado, y donde tenían los implementos de producción.

Millones de trabajadores en Rusia, y en otros países, están en semejante situación. Así que la causa de tan miserable posición de los trabajadores no puede encontrarse en la incautación de los medios de producción por los capitalistas. La causa está en lo que los hace abandonar el campo. Esto en primer lugar. En segundo lugar, la emancipación de los trabajadores de este estado de cosas (aun en el futuro distante cuando la ciencia les prometa

libertad) no puede obtenerse ni acortando la jornada de trabajo, ni aumentando los salarios, ni con la socialización de los medios de producción.

Todo ello no puede mejorar su posición. La pobreza de los trabajadores – ya sea en el ferrocarril, en la fábrica de sedas, o en cualquier otra fábrica – no está en más o menos horas de trabajo (los trabajadores agrícolas algunas veces trabajan dieciocho horas diarias, y hasta treinta y seis horas seguidas, y consideran felices sus vidas); ni consiste en bajos salarios, ni en no ser dueños del ferrocarril o de la fábrica; sino que consiste en el hecho de que están obligados a trabajar en condiciones perjudiciales innaturales, a menudo peligrosas y destructoras de vidas, y a vivir una vida en casuchas en las ciudades – una vida llena de tentaciones e inmoralidad – y a hacer trabajo obligatorio a solicitud de otro.

Últimamente se han disminuido las horas de trabajo, y los salarios se han aumentado; pero esta disminución de horas de trabajo y aumento en los salarios no ha mejorado las condiciones del trabajador si uno toma en cuenta no sus más lujosos hábitos – relojes con cadenas, pañuelos de seda, tabaco, vodka, carne, cerveza, etc. – sino su verdadero bienestar, p.e. su salud y moralidad, y principalmente su libertad.

En la fábrica de sedas con la cual estoy familiarizado, hace veinte años que el trabajo era ejecutado por hombres, que trabajaban catorce horas diarias, ganaban quince rublos mensuales en promedio, y enviaban la mayor parte del dinero a sus familias en el campo. Ahora, casi todo el trabajo lo hacen mujeres, trabajando once horas y algunas ganan hasta veinte rublos por mes (más de quince rublos en promedio), y la mayoría no envía dinero a casa, sino que gastan todo lo que ganan principalmente en ropa, alcohol y vicio. El tiempo de trabajo disminuido lo pasaron a la taberna.

Lo mismo está sucediendo, en mayor o menor grado, en las fábricas y talleres. En todas partes, sin importar la disminución de horas de trabajo y el aumento de salarios, la salud de los operarios es peor que la de los trabajadores rurales, la vida promedia más corta, y se ha sacrificado la moral, algo que tiene que suceder cuando la gente se aleja de las condiciones que más conducen a la moralidad: vida familiar, y un trabajo agrícola libre, saludable, variado e inteligente.

Es muy posiblemente cierto, como lo aseguran algunos economistas, que con menos horas de trabajo, más salario y mejores condiciones sanitarias en molinos y fábricas, mejoran la salud y la moralidad, en comparación con las condiciones anteriores. Es posible también que últimamente, y en algunos lugares, la posición en las fábricas es mejor en las condiciones externas que la de la población rural. Pero esto es casi (y sólo en algunos lugares) porque el gobierno y la sociedad, influenciados por las afirmaciones de la ciencia, hacen lo posible para mejorar la posición de la población de las fábricas a costa de la población rural.

Si la condición de los trabajadores de las fábricas, en algunos lugares, aunque sólo externamente es mejor que la de los trabajadores del campo, sólo indica que uno puede, por medio de restricciones, volver miserable la vida en lo que sería las mejores condiciones externas; y no hay posición tan innatural y rebajada que los hombres no puedan adaptarse a ella, si en ella permanecen por varias generaciones.

La miseria de la posición de un trabajador de una fábrica, y en general de un trabajador de la ciudad, no está en las largas horas de trabajo y bajo salario, sino en que está privado de las condiciones naturales de la vida en contacto con la Naturaleza, está privado de la libertad, y está obligado a un trabajo obligatorio y monótono según otro orden.

Por lo tanto, la respuesta a las preguntas por qué los trabajadores de las fábricas y las ciudades están en miserables condiciones y como se las puede mejorar, no puede ser que son debidas a que los capitalistas poseen los medios de producción, y que la condición de los trabajadores se mejoraría disminuyendo las horas de trabajo, aumentando los salarios y haciendo común los medios de producción.

La respuesta a estas preguntas debe consistir en indicar las causas que han privado a los trabajadores de las condiciones naturales de vida en contacto con la Naturaleza, y los ha llevado a la servidumbre de la fábrica; y en indicar los medios para liberar a los trabajadores de la necesidad de renunciar a una vida de campo, y a ir a esclavizarse en las fábricas.

Y por lo tanto la pregunta porqué los trabajadores de la ciudad están en condiciones miserables incluye, primero, la pregunta ¿qué razones los han sacado de las aldeas donde ellos viven todavía?, y ¿qué es lo que los ha llevado y continúa llevándolos, contra su voluntad, a las fábricas y talleres?

Si hay trabajadores, como en Inglaterra, Bélgica o Alemania que por generaciones han vivido del trabajo en fábricas, y aun lo hacen, no por propia voluntad sino porque sus padres, y abuelos y bisabuelos fueron, de una u otra manera, obligados a cambiar la vida de campo que ellos amaban, por la que a ellos les parecía dura en las ciudades y en las fábricas. Primero a las gentes del campo se les privó de la tierra por medio de la violencia, dice Marx, fueron desalojados y puestos a vagabundear; y entonces sí, por medio de crueles leyes, fueron torturados con tenazas, con hierros candentes y fueron azotados para hacerlos someter a un trabajo asalariado. Por lo tanto, la pregunta cómo liberar a los trabajadores de su miserable posición sería, uno lo pensaría así, cambiarla por la pregunta cómo remover las causas que ya han llevado a algunos, y continúan llevando, y amenazan con llevar al resto de los campesinos de una posición que consideraban y consideran buena a una posición que consideran mala.

La ciencia económica, aunque reconoce por encima las causas que sacaron a los campesinos de sus aldeas no está interesada en la pregunta cómo remover estas causas, sino que dirige toda su atención al mejoramiento de la posición de los trabajadores en las fábricas ya existentes, asumiendo como si así fuera que la posición en estas fábricas y talleres es inalterable, algo que debe mantenerse a todo costo para que los que ya están en fábricas, y para los que no han todavía abandonado la aldea o su trabajo agrícola.

Sin embargo, la ciencia económica está tan segura que todos los campesinos inevitablemente tienen que convertirse en trabajadores de fábrica, que aunque los sabios y poetas del mundo han puesto siempre el ideal de felicidad humano bajo las condiciones del trabajo agrícola – aunque todos los trabajadores cuyos hábitos no están pervertidos siempre prefirieron, y todavía prefieren, trabajo en el campo a cualquier otro – aunque el trabajo en fábricas es siempre insalubre y monótono, mientras que la agricultura es saludable y variada

– aunque el trabajo agrícola es libre (4), esto es, los campesinos alternan trabajo y descanso a voluntad, mientras que el trabajo en fábricas, aunque la fábrica les pertenezca, siempre es obligado, dependiendo de las máquinas – aunque el trabajo en fábrica es poco original, mientras que el trabajo agrícola es fundamental y sin él no existiría el trabajo en fábricas – aun así la ciencia económica afirma que toda la clase campesina no sólo no sufre con la transición del campo a la ciudad sino que ellos lo desean y se afanan por lograrlo.

CAPÍTULO V – POR QUÉ SABIOS ECONOMISTAS CONFIRMAN LO QUE ES FALSO

Por mucho que obviamente injusta sea la aseveración de los hombres de ciencia que el bienestar de la humanidad consiste en lo que es profundamente repulsivo al sentimiento humano – en trabajo monótono y forzado en fábricas – los hombres de ciencia fueron inevitablemente llevados a hacer esta injusta aseveración, así como los teólogos de antes fueron inevitablemente llevados a hacer la igualmente injusta aseveración que los esclavos y sus amos eran criaturas de clase diferente, y que la desigualdad de su posición en este mundo sería compensado en el próximo.

La causa de esta evidentemente injusta aseveración es que los que la han formulado, y continúan formulando las leyes de la ciencia, pertenecen a las clases acomodadas, y están tan acostumbrados a las condiciones, bajo las cuales viven, ventajosas para ellos, que no admiten el pensamiento que la sociedad puede existir bajo otras condiciones.

La condición a la cual las clases acomodadas están acostumbradas es a la de una producción abundante de varios artículos, necesarios para su confort y placer; y estas cosas sólo se obtienen gracias a la existencia de fábricas y talleres organizados como están ahora. Y, por lo tanto, cuando discuten la mejoría de la posición de los trabajadores, los hombres de ciencia, que pertenecen a las clases acomodadas, tienen siempre a la vista las mejoras que no acabarían con la producción en fábricas ni con las conveniencias de las cuales se aprovechan.

Inclusive los más avanzados economistas – los socialistas que demandan el control completo de los medios de producción por los trabajadores – esperan la producción de los mismos, o casi los mismos, artículos que ahora se producen, para continuar con las fábricas actuales o similares, y con la actual división del trabajo.

La diferencia, como se lo imaginan, sólo será que, en el futuro, no sólo ellos sino todos los hombres harán uso de tales conveniencias que sólo ellos ahora disfrutaban. Ellos muy débilmente se imaginan que, con la socialización de los medios de producción, ellos también – los hombres de ciencia y las clases dirigentes en general – harán algún trabajo, pero principalmente como gerentes, diseñadores, científicos, o artistas. A las preguntas ¿quién tendrá que usar un bozal y producir plomo blanco? ¿quiénes van a apalear el carbón? ¿quiénes serán los mineros o los que limpian los pozos sépticos?, ellos guardarán silencio, o preverán que todas estas cosas se van a mejorar tanto que aun el trabajo en los pozos sépticos y bajo tierra, serán ocupaciones placenteras. Así es como ellos se imaginan las futuras condiciones económicas tanto en las utopías como las de Bellamy y en trabajos científicos.

De acuerdo a sus teorías, todos los trabajadores se unirán en sindicatos y asociaciones, y cultivarán la solidaridad entre ellos por medio de los sindicatos, huelgas, y participación en el Parlamento hasta obtener posesión de todos los medios de producción, y también de la tierra; y entonces estarán bien alimentados, muy bien vestidos, y disfrutarán de tales diversiones en vacaciones que preferirán la vida de la ciudad, entre edificios de ladrillo y

chimeneas, a la vida de campo, libre, entre las plantas y animales domésticos; y un monótono trabajo regulado con campanas, al variado y saludable trabajo agrícola.

Aunque esta promesa es tan improbable como la anticipación de los teólogos acerca de un cielo para disfrutar después por los trabajadores en compensación por el duro trabajo aquí, sin embargo, gente seria y educada de nuestra sociedad creen en esa extraña enseñanza, así como antes la gente sabia y educada creían en un cielo para los trabajadores en el próximo mundo.

Y hombres sabios y sus discípulos – de las clases acomodadas – creen esto porque tienen que creerlo. Se les presenta este dilema: o deben ver que todo lo que usan en sus vidas, desde ferrocarriles a cerillas y cigarrillos, representa trabajo que cuesta la vida de muchos de sus hermanos, y que ellos, al no compartir ese trabajo, sino haciendo uso de él, son hombres indecorosos; o deben creer que todo lo que tiene lugar, tiene lugar para ventaja general, de acuerdo a las inalterables leyes de la ciencia económica. Dentro de esto está la causa psicológica interior que obliga a los hombres de ciencia – hombres sabios y educados, pero no iluminados – a afirmar positiva y tenazmente tan obvias no-verdades, como la de que los trabajadores, para su propio bienestar, deberían dejar una vida feliz y saludable en contacto con la Naturaleza, para ir a arruinar sus cuerpos y almas en las fábricas y talleres.

CAPÍTULO VI – BANCARROTA DEL IDEAL SOCIALISTA

Pero aun admitiendo la aseveración (evidentemente infundada como lo es, y contraria a los hechos de la naturaleza humana), que es mejor para la gente vivir en las ciudades y hacer trabajo obligatorio en fábricas, que vivir en aldeas y trabajar libremente en artesanías – todavía queda en el mismo ideal una insoluble contradicción a la cual lleva la evolución económica, nos dicen los hombres de ciencia. El ideal es que los trabajadores, una vez dueños de los medios de producción, van a obtener todas las comodidades y placeres que ahora tienen las clases acomodadas. Dispondrán de buen vestido y habitación, serán bien alimentados y caminarán por calles asfaltadas iluminadas, y frecuentarán los conciertos y teatros, leerán periódicos y libros, viajarán en automóvil, etc. Pero el que todos tengan ciertas cosas cuya producción debe repartirse, y en consecuencia debe decidirse cuanto tiempo debe trabajar cada individuo.

Y, ¿cómo se va a decidir?

Las estadísticas muestran (aunque imperfectamente) lo que la gente requiere en una sociedad atada al capital, a competencia y a necesidades. Pero las estadísticas no pueden indicar cuanto es deseado, y cuales artículos son necesitados para satisfacer la demanda en una sociedad donde los medios de producción pertenecerán a la sociedad misma, esto es, donde la gente es libre.

Las demandas en una sociedad tal no pueden ser definidas, y siempre excederán las posibilidades de satisfacerlas. Todos querrán todo lo que ahora poseen los ricos, y por lo tanto, es imposible determinar la cantidad de mercancías que requerirá una sociedad como esa.

Además, ¿cómo se va a inducir a la gente a trabajar en artículos que unos consideran necesarios y otros innecesarios y aun perjudiciales?

Si se determina que es necesario que todos trabajen, digamos, seis horas diarias, para satisfacer los requerimientos de la sociedad, ¿quién, en una sociedad libre, puede obligar a un hombre a trabajar esas seis horas, si él sabe que parte de ese tiempo se gasta en producir cosas que considera innecesarias y aun perjudiciales?

Es innegable que bajo la presente situación la mayoría de los artículos se producen con mucha economía, gracias a la maquinaria, y gracias a la división de trabajo que ha sido hecha con extremo cuidado y la mayor perfección; y que esos artículos producen ganancias a los fabricantes, y que su uso lo encontramos conveniente y agradable. Pero el hecho de que los artículos sean bien hechos, y se fabriquen con poco gasto de energías, que produzcan ganancias a los capitalistas, y nos sean convenientes, no comprueba que los hombres, sin estar obligados, continúen produciéndolos. No hay duda alguna que Krupp (gran industria alemana) con la presente división de trabajo, fabrica excelentes cañones con mucha técnica y rápidamente; N.M. con mucha técnica y rápidamente produce artículos de seda; X, Y y Z producen perfumes, polvos para conservar el cutis, o juegos de cartas; y K produce whisky de excelente sabor, etc.; y sin duda tanto para los que desean esos artículos como para los propietarios de las fábricas en donde se producen, todo esto sería muy

ventajoso. Pero cañones, y perfumes, y whisky, son deseados por los que quieren apoderarse del mercado en China, o que quieren emborracharse, o están preocupados por su apariencia física; pero hay muchos que consideran que la producción de estos artículos es perjudicial. Y siempre habrá gente que considera que, además de estos artículos – exhibiciones, academias, cerveza y la producción de carne son innecesarias y aun perjudiciales. ¿Cómo se va a hacer para que estos hombres participen en la producción de tales artículos?

Pero aun si se pudieran encontrar medios para que todos estuvieran de acuerdo en producir artículos (aunque no haya tales medios, ni pueda haberlos, excepto coerción) ¿quién, en una sociedad libre, sin producción capitalista ni competencia ni ley de oferta y demanda, decidirá qué artículos deben tener preferencia? ¿Cuáles se han de producir primero: alumbrado eléctrico o irrigación de los campos? Y luego viene otra pregunta, insoluble con hombres libres, ¿cuáles hombres deben hacer el trabajo? Evidentemente todos preferirán recoger y almacenar el heno o limpiar los pozos sépticos ¿Cómo, al distribuir el trabajo, se inducirá a la gente a estar de acuerdo?

Ninguna estadística puede responder estas preguntas. La solución sólo puede ser teórica: puede decirse que habrá gente a la cual se le dará el poder de regular estas materias. Así, algunos decidirán y otros deben obedecer.

Pero además de las preguntas de la distribución y dirección de la producción y selección del trabajo, cuando los medios de producción sean socializados habrá otra pregunta más importante – en cuanto a la división del trabajo que puede establecerse en una sociedad socialísticamente organizada. La división de trabajo ahora existente está condicionada por las necesidades de los trabajadores. Un trabajador sólo está de acuerdo a vivir toda la vida bajo tierra, o a hacer la centésima parte de un artículo toda la vida, o a mover las manos hacia arriba y hacia abajo en medio del estrépito de la maquinaria toda la vida, porque no tiene otros medios para vivir. Pero sólo será por obligación que un trabajador, que pone los medios de producción y no tiene necesidades, puede ser inducido a aceptar condiciones de trabajo tan entorpecedoras y destructoras como las de ahora. La división del trabajo es sin duda más provechosa y natural; pero, si la gente es libre, la división de trabajo es solamente posible hasta cierto punto muy limitado, que ha sido excedido en nuestra sociedad.

Si un campesino se ocupa principalmente en la fabricación de botas, y su esposa hila, y otro campesino ara la tierra, y un tercero es herrero, y todos, una vez adquirida la especial destreza en su trabajo, cambian luego lo que han producido - tal división de trabajo es ventajosa a todos, y la gente libre dividirá su trabajo de esta manera. Pero una división de trabajo en la cual un hombre hace un centésimo de un artículo, o un operario de un horno que trabaja a 60° de calor, o se ahoga con gases perjudiciales - tal división de trabajo es desventajosa, porque aunque aumenta la producción de artículos insignificantes, destruye lo más precioso – la vida humana. Y, por lo tanto, tal división de trabajo como ahora existe, sólo puede existir donde es obligatorio. Rodbertus (5) dice que la división del trabajo une a la humanidad. Esto es cierto; pero es sólo la libre división - tal como la gente la adopte voluntariamente – la que la une.

Si la gente decide construir una carretera, y uno cava y el otro trae piedras y un tercero las quiebra, etc. esta división de trabajo une la gente.

Pero si, independientemente de los deseos, y algunas veces contra los deseos de los trabajadores se construye un ferrocarril, o una torre Eiffel, o estupideces como las que llenan la Exhibición de París, y un trabajador es obligado a conseguir el hierro, y otro a sacar carbón y un tercero a fundir, y un cuarto a cortar árboles y un quinto a aserrarlos, sin la más mínima idea de para que ha de servir lo que están haciendo, tal división del trabajo no sólo no une los hombres sino que, por el contrario, los divide.

Y, por lo tanto, con implementos de producción socializados, si la gente es libre, sólo adoptarán una división del trabajo mientras lo bueno del resultado compense el mal que ocasiona a los trabajadores. Y como cada hombre naturalmente considera bueno el aumentar y diversificar sus actividades, tal división del trabajo como ahora existe, evidentemente será imposible en una sociedad libre.

Suponer que con medios de producción socializados habrá tanta abundancia de cosas como ahora con división del trabajo obligatoria, es como suponer que después de la emancipación de los siervos las orquestas domésticas (6) y los teatros, los tapetes y encajes hechos en casa y los elaborados jardines que dependen del trabajo de siervos, continuarán existiendo. Así que la suposición que cuando el ideal de los socialistas se realice, todo el mundo será libre, y al mismo tiempo tendrá a su disposición todo, o casi todo, lo que ahora usan las clases acomodadas, es una obvia auto-contradicción.

CAPÍTULO VII – CULTURA O LIBERTAD

Exactamente lo que sucedió bajo la servidumbre ahora se repite. Entonces, la mayoría de los dueños de esclavos y de las clases acomodadas, si reconocieron que la posición de los esclavos no era satisfactoria, recomendaron solamente las modificaciones que no privarían a los dueños de lo que era esencial a sus ganancias. Ahora, las clases acomodadas, al admitir que la posición de los trabajadores no es del todo satisfactoria, proponen como modificaciones sólo tales medidas que no las priven de sus ventajas. Así como los bien dispuestos dueños de esclavos hablaron de la “autoridad paternal”, y como Gogol (7) aconsejaron a los dueños ser bondadosos con los siervos y cuidar de ellos, pero no toleraban la idea de la emancipación (8), considerándola dañina y peligrosa, así también, la mayoría de las gentes acomodadas, recomiendan a sus empleados velar por el bienestar de sus trabajadores, pero no se les pasa por la mente la alteración de la estructura económica de la vida que daría libertad a los trabajadores.

Y así como los liberales avanzados en su época, mientras que consideraban la servidumbre como una disposición inmutable, demandaban que el gobierno limitara el poder de los propietarios y simpatizaban con la agitación de los siervos, así también los liberales de hoy, mientras consideran como inmutable el orden actual, demandan que el gobierno debe limitar los poderes de los capitalistas y fabricantes, y simpatizan con los sindicatos, y las huelgas y, en general, con la agitación obrera. Y así como antes los hombres más avanzados demandaban la emancipación de los siervos, pero diseñaron un proyecto que dejaba a los siervos dependientes de los terratenientes, o los encadenaba a tributos e impuestos prediales – así también ahora los hombres más avanzados demandan la emancipación de los trabajadores del poder de los capitalistas, la socialización de los medios de producción, pero dejarían a los trabajadores dependientes de la distribución actual y de la división del trabajo, que, en su opinión, deben permanecer inalterados. Las enseñanzas de la ciencia económica que se adoptan (aunque sin un examen cuidadoso de sus detalles) por todas esas clases acomodadas que se consideran iluminadas y avanzadas (9), parecen bajo un examen superficial como liberales y aun radicales, que contienen ataques a las clases pudientes de la sociedad; pero en esencia, esa enseñanza es en extremo conservadora, vulgar y cruel. De una manera u otra los hombres de ciencia, y en su lugar todas las clases acomodadas, desean a todo costo mantener el actual sistema de división del trabajo que hace posible la producción de gran cantidad de mercancías que ellos usan. El orden económico existente – según los hombres de ciencia, seguidos por las clases acomodadas – se llama cultura; y en esta cultura – ferrocarriles, teléfonos, fotografías, rayos X, hospitales, exhibiciones y principalmente todas las comodidades – ellos ven algo tan sacrosanto que no permiten el pensar en modificaciones que puedan eliminarlas, o sólo poner en peligro una pequeña parte de ellas. De acuerdo a las enseñanzas de esa ciencia, todo puede cambiarse menos lo que llaman cultura. Pero cada vez se hace más y más evidente que esta cultura sólo puede existir mientras los trabajadores estén obligados a trabajar. Y aun así, los hombres de ciencia están tan seguros que esta cultura constituye la mayor de las bendiciones, que abiertamente proclaman lo contrario de lo que antes decían los jesuitas: *fiat justitia, pereat mundus* (10). Ahora dicen: *fiat cultura, pereat justitia* (11). Y no sólo lo dicen sino que así actúan. Todo puede cambiar en la práctica y en la teoría, excepto la cultura, excepto todo lo que está sucediendo en talleres y fábricas, y especialmente lo que se vende en las tiendas.

Pero yo creo que la gente iluminada, que profesa la ley cristiana de hermandad y amor al prójimo, deberá decir exactamente lo contrario.

El alumbrado público y los teléfonos y las exhibiciones son excelentes, y también lo son los parques de diversiones con sus conciertos y eventos, y todos los cigarros y cajas de cerillas, y herramientas, y automóviles – pero puede que todos se echen a perder, y no sólo esas, sino los ferrocarriles y todos los adornos y telas del mundo, si para producirlas es necesario que el 99% de la gente permanezca en la esclavitud, y mueran por miles en fábricas necesarias para la producción de estos artículos. Si para que Londres o Petersburgo puedan ser iluminadas por electricidad, o para construir locales para exhibiciones, o para que haya hermosas pinturas, o para tejer hermosas telas rápidamente y en abundancia, es necesario que se destruyan unas pocas vidas, o que se arruinen o se reduzcan – y las estadísticas indican cuantas se destruyen –entonces dejemos más bien a Londres y Petersburgo iluminadas con gas; mejor que no haya exhibiciones, ni pinturas o materiales – que no haya esclavitud, ni destrucción de vidas humanas como resultado. Gentes iluminadas estarán de acuerdo con regresar al caballo y las bestias de carga, y aun a trabajar la tierra con herramientas manuales, más bien que viajar en trenes que cada año causan muchas muertes, como sucedió en Chicago (12), únicamente porque los propietarios del ferrocarril encuentran más provechoso compensar las familias de los muertos, que construir la vía de tal manera que no se produzcan esas muertes. El lema para las gentes verdaderamente iluminadas no es *fiat cultura, pereat justitia*, sino *fiat justitia, pereat cultura*.

Pero la cultura, la cultura útil, no será destruida. Ciertamente que no es necesario para la gente volver al cultivo de la tierra con palos, o alumbrar las calles con antorchas, no es por nada que la humanidad, en su esclavitud, ha logrado un progreso grande en materias técnicas. Si solamente se entendiera que no debemos sacrificar la vida de nuestros hermanos para nuestro propio placer, será posible aplicar los adelantos técnicos sin destruir vidas; y disponer la vida de tal manera que nos beneficiemos todos de esos métodos que nos dan control de la naturaleza, que han sido inventados, y que pueden aplicarse sin mantener a nuestros hermanos en la esclavitud.

CAPÍTULO VIII – LA ESCLAVITUD EXISTE ENTRE NOSOTROS

Imaginemos un hombre de un país diferente al nuestro, sin idea alguna de nuestra historia o de nuestras leyes, y supongamos que, después de mostrarle los varios aspectos de nuestra vida, le preguntáramos cuál era la diferencia principal que notaba en las vidas de nuestro mundo. La principal diferencia que tal hombre encontraría en la manera como viven las gentes es que – un pequeño número – que tienen las manos limpias, y están bien alimentadas, y vestidas y hospedadas, trabajan muy poquito y muy liviano, o ni siquiera trabajan sino que sólo se entretienen, y gastan en esas diversiones el resultado de millones de días dedicados por otra gente a trabajo duro; pero que otra gente – con manos sucias y callosas – trabajan sin cesar desde la mañana hasta la noche, y algunas veces toda la noche, para los que no trabajan pero que continuamente se divierten.

Si entre los esclavos y los amos de esclavos de ahora es difícil trazar una línea divisoria como la que separaba a los esclavos y sus amos de antes, y si entre los esclavos de hoy hay algunos que son sólo esclavos temporalmente y luego se convierten en dueños de esclavos, o algunos que, a la vez son esclavos y dueños de esclavos, esta mezcla de las dos clases en sus puntos de contacto no alteran el hecho que la gente de nuestro tiempo está dividida en esclavos y dueños de esclavos tan cierto como, a pesar del crepúsculo, cada veinticuatro horas está dividido entre día y noche.

Si el dueño de esclavos de nuestro tiempo no tiene a Juan como esclavo, a quien pueden enviar al pozo séptico a limpiar excrementos, sí tiene cinco chelines que son requeridos por centenares de Juanes y el dueño de esclavos de nuestro tiempo puede escoger uno cualquiera a esos Juanes y ser su benefactor al darle preferencia y al permitirle a él, más bien que a otro, bajar a limpiar el pozo séptico (13).

Los esclavos de nuestro tiempo no son sólo los de las fábricas y talleres, que deben venderse completamente a los propietarios de fábricas y fundiciones para poder existir; sino casi todos los trabajadores agrícolas son esclavos trabajando incesantemente como lo hacen para cosechar el trigo de otro en la tierra de otro, y recolectarlo en los graneros de otro; o trabajar en tierra propia para pagar a los banqueros los intereses de las deudas de las cuales no se pueden librar. Y esclavos son también todos los cocineros, empleadas del servicio doméstico, porteros, cocheros, camareros, etc. quienes durante toda su vida desempeñan funciones innaturales al ser humano, y que ellos mismos rechazan.

La esclavitud existe en todo su furor, pero no la percibimos; de igual manera que en Europa, a fines del siglo XVIII, no se percibía la esclavitud de la servidumbre.

La gente de esa época pensaba que la posición de los hombres obligados a trabajar la tierra para sus amos, y a obedecerles, era una inevitable condición económica de la vida, y no la llamaban esclavitud.

Lo mismo pasa entre nosotros: las gentes de nuestros días consideran la posición de los trabajadores como una condición económica natural e inevitable, y no la llaman esclavitud.

Y cuando al final del siglo XVIII los europeos comenzaron poco a poco a entender que lo que les había parecido una forma de vida económica natural e inevitable, esto es, que la posición de los campesinos que estaban completamente en poder de sus amos, era incorrecta, injusta e inmoral, y demandaban su modificación; así ahora la gente está comenzando a entender que la posición de los hombres asalariados, y de las clases trabajadoras en general, que antes parecía correcta y completamente normal, no es lo que debería ser, y requiere modificación.

El problema de la esclavitud en nuestros tiempos está exactamente en el mismo punto que estuvo el problema de la servidumbre a finales del siglo XVIII en Europa (14), y la de la servidumbre entre nosotros y la esclavitud en los EE.UU. a mediados del siglo XIX.

La esclavitud de los trabajadores en nuestro tiempo está apenas empezando a ser admitida por personas avanzadas de nuestra sociedad; mas sin embargo, la mayoría está convencida que la esclavitud no existe entre nosotros.

Una cosa que contribuye a que la gente interprete mal su posición sobre la materia es el hecho que nosotros, en Rusia y en los EE.UU..., sólo abolimos la esclavitud recientemente. Pero en verdad, la abolición de la servidumbre y de la esclavitud fue solamente la abolición de una forma obsoleta de esclavitud que se había vuelto innecesaria, y su sustitución por una forma de esclavitud más firme, y una que abarca un mayor número de hombres. La abolición de la servidumbre y de la esclavitud fue algo como lo que los Tártaros de Crimea hicieron con sus prisioneros. Ellos inventaron el plan de abrirles las plantas de los pies a los prisioneros y rellenar las heridas con cerda picada. Una vez hecha esta operación les soltaban los pesos y las cadenas. La abolición de la servidumbre en Rusia y de la esclavitud en los EE.UU., aunque abolió el método anterior, no sólo no abolió lo que era esencial en él, sino que se llevó a cabo cuando las cerdas habían formado llagas en los pies, y uno podía estar seguro que sin cadenas y pesos los prisioneros no se escaparían sino que tendrían que trabajar. (Los norteños en los EE.UU. atrevidamente demandaron la abolición de la esclavitud porque, entre ellos, la nueva esclavitud monetaria había mostrado su poder para encadenar la gente. Los sureños no percibieron los claros signos de la nueva esclavitud, y por lo tanto no consintieron en abolir el viejo sistema).

Entre nosotros, en Rusia, la esclavitud sólo fue abolida cuando toda la tierra había sido apropiada. Cuando se adjudicó tierra a los campesinos, fue cargada con impuestos que reemplazaron la esclavitud de la tierra. En Europa, los impuestos que mantenían la esclavitud de la gente comenzaron a ser abolidos solamente cuando la gente había perdido la tierra, cuando ya estaban desacostumbrados al trabajo agrícola, y luego de adquirir nuevos sabores, dependían completamente de los capitalistas. Sólo entonces fueron abolidos los impuestos sobre granos en Inglaterra. Y ahora, en Alemania y en otros países, están comenzando a abolir los impuestos que recaen sobre los trabajadores, y a cargarlos a los ricos – sólo porque la mayoría de la gente está en manos de los capitalistas. No se abolió una forma de esclavitud hasta que otra forma la había reemplazado. Hay varias de esas formas. Y si no es una entonces es otra (y algunas veces varias de ellas juntas) que mantiene a la gente en la esclavitud, p.e. la coloca en una posición tal que una pequeña parte de la población tiene completo poder sobre el trabajo y vida de un mayor número. En este cautiverio de la mayor parte por un pequeño número está la principal causa de la

miserable condición de la gente. Y, por lo tanto, los medios de mejorar la posición de los trabajadores consisten en: primero, admitir que la esclavitud existe entre nosotros, no en sentido figurado o metafórico, sino en su más simple sentido; esclavitud que mantiene a algunos – la mayoría, en poder de otros – la minoría; segundo, una vez admitido esto, en encontrar las causas del cautiverio de algunos por otros; y, tercero, una vez encontradas las causas, en destruirlas.

CAPÍTULO IX - ¿QUÉ ES ESCLAVITUD?

¿En qué consiste la esclavitud de nuestros tiempos? ¿Cuáles son las fuerzas que hacen a unos esclavos de otros? Si preguntamos a los trabajadores de Rusia, de Europa y de los EE.UU. – tanto en las fábricas como en las varias ocupaciones en las que trabajan como asalariados, en las ciudades y aldeas – qué los hace escoger la posición en que viven, responderán que han sido llevados a ella; ya sea porque no tenían tierra en la cual podían y deseaban vivir y trabajar (esa será la respuesta de los trabajadores rusos y de muchos europeos), o que los impuestos, directos e indirectos, que se les cobraban y que sólo podían pagar si vendían su trabajo, o permanecían en fábricas atrapados por los más lujosos hábitos adquiridos, y que se podían complacer vendiendo su trabajo y su libertad.

Las dos primeras condiciones – la carencia de tierra y los impuestos - lleva al hombre a trabajar obligatoriamente mientras que la tercera – el incremento de sus necesidades insatisfechas - lo atraen y lo mantienen así.

Nos imaginamos que la tierra puede ser liberada de las demandas de los propietarios privados, por medio del plan de Henry George, y que, por lo tanto, la primera causa que lleva a los hombres a la esclavitud – carencia de tierra – puede resolverse. También podemos, además del plan del IMPUESTO ÚNICO, imaginar la abolición de los impuestos, y que deberían trasladarse del pobre al rico, como se está haciendo en algunos países; pero, bajo la actual organización económica, uno no puede ni siquiera imaginarse una situación bajo la cual más y más hábitos de vida lujosos, y a menudo perjudiciales, no serían adoptados por los ricos, y que estos hábitos no pasarían, poco a poco, a las clases inferiores que están en contacto con los ricos, como inevitablemente el agua penetra en tierra seca, y que esos hábitos no se volverían tan necesarios a los trabajadores que, para poder satisfacerlos, estarían listos a vender su trabajo.

Así que esta tercera condición, aunque sea voluntaria (parecería que el hombre puede resistir la tentación), y aunque la ciencia no reconoce que es una causa de la miserable condición de los trabajadores, es la más firme e irremovible causa de la esclavitud.

Los trabajadores que viven cerca de la gente rica están siempre infectados con sus nuevos requerimientos, y sólo logran satisfacerlos en cuanto dediquen su más intensa labor a su satisfacción. Así que trabajadores de Inglaterra y los EE.UU., que reciben algunas veces hasta diez veces lo necesario para su subsistencia, continúan tan esclavos como antes.

Estas tres causas, como los mismos trabajadores lo explican, producen la esclavitud que viven; y la historia de su cautiverio y los hechos confirman lo correcto de esta explicación.

Todos los trabajadores son llevados a su condición actual, y son mantenidos en ella, por estas tres causas. Estas causas, al actuar por todos lados, son tales que ninguno puede escapar de su cautiverio. El agricultor que no tiene tierra, o no la tiene suficiente, estará siempre obligado a una esclavitud perpetua o temporal del terrateniente, para poder tener la posibilidad de alimentarse de la tierra. Si de una u otra manera obtuvieran tierra para poderse alimentar de ella por su propio trabajo, tiene que volver a la esclavitud para poder pagar los impuestos directos e indirectos que se le cobran.

Si, para escapar a la esclavitud de la tierra, deja de cultivarla y se va a vivir en tierra de otro, comienza a ocuparse en artesanías, y para cambiar el producto de su trabajo por las cosas que necesita, entonces, por un lado los impuestos y por el otro la competencia de los capitalistas, produciendo artículos semejantes pero con mejores implementos, lo obligan a una esclavitud temporal o perpetua. Si al trabajar para un capitalista puede liberarse de él y no estar obligado a rendir su libertad, entonces los nuevos requerimientos que asimila lo privan de tal posibilidad. Así que, de una manera u otra, el trabajador está siempre en la esclavitud de los que controlan los impuestos, la tierra y los artículos necesarios para satisfacer sus necesidades.

CAPÍTULO X – LEYES QUE SE REFIEREN A IMPUESTOS, TIERRA Y PROPIEDAD

Los socialistas alemanes han llamado a la combinación de las condiciones que ponen a los trabajadores a merced de los capitalistas, “la ley de hierro de los salarios”, implicando por la palabra “hierro” el que esta ley es inmutable. Pero en estas condiciones no hay nada inmutable; estas condiciones meramente resultan de leyes humanas que se refieren a impuestos, tierra y, sobre todo, a las leyes concernientes a las cosas que satisfacen nuestros requerimientos, p.e. la propiedad. Las leyes son hechas y derogadas por seres humanos. Así que no es una ley de “hierro” sociológica, sino una ley simplemente hecha por el hombre, que produce la esclavitud. En el caso que estamos considerando, la esclavitud de nuestros tiempos es clara y definitivamente producida, no por ninguna ley de “hierro” elemental, sino por decisiones humanas: acerca de la tierra, de los impuestos y de la propiedad. Hay unas leyes que determinan la cantidad de tierra que puede ser privada, y puede traspasarse a otro por herencia, o por deseo, o por venta; hay otras por las cuales se especifica que todos deben pagar los impuestos sin cuestionar; y hay un tercer grupo de leyes que determinan que cualquier cantidad de artículos adquiridos de cualquier manera pueden convertirse en propiedad absoluta de quienes los tienen. Y como consecuencia de estas leyes existe la esclavitud.

Estamos tan acostumbrados a todas estas leyes, que nos parecen tanto justas como necesarias y naturales a la vida humana, así como nos parecían las leyes que mantenían la servidumbre anteriormente; ninguna duda acerca de su necesidad y justicia parece posible, y no notamos nada malo en ellas. Pero, así como llegó el momento en que las gentes, al ver las ruinosas consecuencias de la servidumbre, cuestionaron la justicia y necesidad de las leyes que la mantenían, así ahora, cuando las perniciosas consecuencias del orden económico actual se han hecho evidentes, uno involuntariamente cuestiona la justicia y la inevitabilidad de la legislación acerca de la tierra, impuestos y propiedad que producen estos resultados.

Así como la gente se preguntaba ¿es correcto que algunos hombres pertenezcan a otros, y que los primeros no tengan nada que es suyo, sino que dan todo lo que produce su trabajo a sus dueños? Así ahora debemos preguntarnos ¿es correcto que haya gente que no pueda usar la tierra que aparece como propiedad de otros? ¿Es correcto que haya gente que tiene que entregar a otros, en forma de impuestos, cualquier parte de su trabajo que les sea solicitada? ¿Es correcto que haya gente que no puede usar los artículos considerados propiedad de otros?

¿Es correcto que haya gente que no puede usar la tierra que se considera que pertenece a otros y que no la cultivan?

Se dice que esta legislación fue instituida porque la propiedad en tierra es una condición esencial si la agricultura ha de desarrollarse, y si no hay propiedad privada que se reciba como herencia, las gentes se sacarían unos a otros de las tierras que ocupan, y nadie trabajaría o mejoraría la tierra donde estuviese radicado. ¿Es esto cierto? La respuesta se encuentra en la historia y en los hechos de hoy. La historia muestra que la propiedad en tierra no se originó de ningún deseo de hacer más segura la tenencia de tierra, sino que resultó de la invasión de las tierras comunales por parte de conquistadores. Así que la

propiedad en tierra no fue establecida con el objeto de estimular a los agricultores. Los hechos de hoy en día muestran la falacia de la aseveración que la propiedad en tierra permite a los que la trabajan estar seguros que no serían privados de la tierra que cultivan. En realidad todo lo contrario ha sucedido en todas partes, y está sucediendo. El derecho a la propiedad en tierra, que es el que más ingresos ha producido a los propietarios, y les sigue produciendo, ha traído como resultado que todos, o casi todos, p.e. la inmensa mayoría de los agricultores están ahora en la posición de la gente que cultiva la tierra de otros, y de la cual fueron sacados por el capricho de algunos hombres que no la cultivan. Por lo tanto el derecho de propiedad en tierra ciertamente no defiende los derechos del agricultor a disfrutar del esfuerzo que puso en la tierra, sino que, por el contrario, es una manera de privarlos de la tierra que trabajan, y pasarla a los que no la han trabajado, y por lo tanto, no es ciertamente un medio para mejorar la agricultura sino, por el contrario, un medio para deteriorarla.

Se dice que la gente debe pagar impuestos porque han sido establecidos con el consentimiento general de todos, aunque tácito; y se usan para atender las necesidades públicas, que constituyen un beneficio para todos. ¿Es esto cierto?

La respuesta a esta pregunta la da la historia y los hechos de hoy en día. La historia muestra que los impuestos nunca fueron instituidos por consenso general, sino que, por el contrario, fueron una consecuencia del hecho que algunos obtuvieron poder sobre otros (por conquista u otros medios), les impusieron tributo, no para necesidades públicas sino para ellos. Y lo mismo continúa todavía. Los impuestos son para los que tienen el poder de aprovecharse de ellos. Si alguna porción de estos impuestos o tributos se usa para fines públicos, en su mayor parte son más dañinos que útiles a mucha gente.

Por ejemplo, en Rusia, la tercera parte de los ingresos de los campesinos se cobra en impuestos, pero el Estado sólo invierte una cincuentava parte en la mayor de sus necesidades, la educación; y aun así esa cantidad se gasta en una educación que, entorpeciendo a la gente, les hace más daño que provecho. Las otras cuarenta y nueve cincuentavas se gastan en cosas innecesarias, dañinas, tales como equipar el ejército, construir ferrocarriles estratégicos, fortificaciones, y prisiones, o mantener el clero y la corte, en salarios para militares y funcionarios civiles, esto es, en salarios de esos funcionarios que hacen posible que se extraiga este dinero a la gente.

Lo mismo sucede no sólo en Persia, Turquía o India sino también en todos los estados cristianos y repúblicas democráticas; se extrae dinero de la mayoría de la gente, independientemente de si hay consentimiento o no por parte de los que pagan, y la cantidad recolectada no es lo que en realidad se necesita sino tanto como se pueda (sabemos como están conformados los Parlamentos y que tan poco representan el deseo del pueblo), y no se usa para provecho del bien común sino para cosas que las clases gobernantes consideren necesarias para ellas: guerras en Cuba o en las Filipinas, o para sacar y quedarse con las riquezas de Transvaal, y así sucesivamente. Así que la explicación de que la gente debe pagar impuestos porque han sido instituidos por consentimiento general para el bien común, es tan injusto como la otra explicación, que la propiedad privada en tierra se estableció para fomentar la agricultura.

¿Es cierto que la gente no debería usar artículos necesarios para satisfacer sus requerimientos, si esos artículos son de propiedad de otra gente?

Se asevera que el derecho de propiedad en artículos adquiridos se ha establecido para asegurarle al trabajador que nadie le quitará el producto de su trabajo. ¿Es esto cierto?

Basta sólo mirar a lo que se hace en el mundo donde los derechos de propiedad se defienden estrictamente, para quedar convencidos que los hechos de la vida van en contra de esta explicación.

En nuestra sociedad, como consecuencia del derecho de propiedad en artículos adquiridos, pasa lo mismo que con lo que ese derecho intenta prevenir: es decir, todos los artículos que han sido, y continúan siendo, producidos por la clase trabajadora, son poseídos (y son apropiados tan pronto se producen) por los que no los han producido.

Así que la aseveración que el derecho de propiedad asegura a los trabajadores la posibilidad de disfrutar de los productos de su trabajo evidentemente es más injusta que la aseveración que concierne a la propiedad en tierra, y que está basada en el mismo sofisma: primero, a los trabajadores se les quita injusta y violentamente el fruto de su trabajo, y luego interviene la ley, y esos mismos artículos que les quitaron – injustamente y con violencia – son declarados propiedad absoluta de los que se los robaron.

Propiedad: por ejemplo una fábrica, adquirida por medio de una serie de fraudes y por aprovecharse de los trabajadores, es considerada como el resultado del trabajo, y es tenida como sagrada; pero las vidas de los que perecen trabajando en esa fábrica, y su trabajo, no son considerados su propiedad, sino que más bien son considerados como propiedad del dueño de la fábrica, si él –aprovechándose de las necesidades de los trabajadores – los ha comprometido de una manera considerada legal. Centenares de miles de sacos de trigo, obtenidos de los campesinos por medio de la usura y por una serie de extorsiones, son considerados como propiedad del mercader, mientras que el trigo que los campesinos cultivan se considera como propiedad de otro, si éste heredó la tierra de su abuelo o bisabuelo que la confiscó de la gente. Se dice que la ley defiende igualmente la propiedad del dueño del molino, o del capitalista, o del terrateniente o de la fábrica o del labriego. La igualdad del capitalista y del trabajador es como la igualdad de dos luchadores, de los cuales uno tiene los brazos amarrados y el otro tiene las armas, pero a ambos se les aplican ciertas reglas con estricta imparcialidad mientras pelean. Así que las explicaciones de la justicia y necesidad de las tres clases de leyes que producen la esclavitud son tan no ciertas como anteriormente eran las explicaciones dadas de la justicia y necesidad de la servidumbre. Estas leyes son sólo el establecimiento de una nueva forma de esclavitud que reemplazó la anterior. Así como la gente antes estableció leyes que impiden a unos hombres usar la tierra que se considera de otros, que obligan a pagar los impuestos que se les solicite, y que evitan que unos usen artículos considerados propiedad de otros - y así tenemos la esclavitud de nuestros tiempos.

CAPÍTULO XI – LAS LEYES: CAUSA DE LA ESCLAVITUD

La esclavitud de nuestros tiempos es el resultado de las tres clases de leyes: con relación a la tierra, a los impuestos y a la propiedad. Y por lo tanto todo intento de los que desean mejorar la posición de los trabajadores inevitablemente, aunque inconscientemente, va dirigido contra esas legislaciones.

Unos rechazan los impuestos que recaen sobre las clases trabajadoras, y los trasladan a los ricos; otros proponen abolir el derecho de propiedad en tierra, y ya se ha intentado poner esto en práctica tanto en Nueva Zelanda y en uno de los estados (USA) – (la limitación de los derechos del terrateniente en Irlanda es un paso en esta dirección); y unos terceros – los socialistas – proponen hacer comunes los medios de producción, tasar los ingresos y herencias, y limitar los derechos de los patrones capitalistas. Parecería por lo tanto como si estos actos legislativos que causan la esclavitud se estuvieran derogando y que podemos esperar que la esclavitud pueda ser abolida de esta manera. Pero basta mirar más claramente las condiciones bajo las cuales la abolición de estas leyes se llevó a cabo o se propone, para convencerse que no sólo los proyectos prácticos sino también los teóricos para la mejoría de la posición de los trabajadores están simplemente reemplazando una legislación que produce esclavitud por otra que establece una nueva forma de esclavitud. Así, por ejemplo, los que suprimen los impuestos a los pobres, suprimiendo primero los impuestos directos, y luego transfiriendo la carga impositiva a los ricos; necesariamente tienen que mantener, y mantienen, las leyes que hacen propiedad privada de la tierra, de los medios de producción y de otros artículos sobre los cuales se traslada el peso de los impuestos. La retención de las leyes relativas a la tierra y propiedad mantienen a los trabajadores en esclavitud ante los terratenientes y capitalistas, aunque los trabajadores estén libres de impuestos. Quienes, como Henry George y sus partidarios abolirían las leyes que hacen de la tierra propiedad privada y proponen nuevas leyes que imponen una renta obligatoria a la tierra. Y esta renta obligatoria creará una nueva esclavitud, porque un hombre obligado al pago de renta o impuesto único, si falla la cosecha o le acontece algún infortunio, debe solicitar préstamo al que tenga para prestar, y nuevamente caerá en la esclavitud. Los que - como los socialistas – en teoría, desean abolir las leyes sobre la propiedad en tierra y en los medios de producción, no sólo retienen la legislación sobre impuestos, sino que deben, sin embargo, inevitablemente introducir leyes sobre trabajo obligatorio – esto es, deben restablecer la esclavitud en su forma primitiva.

Así que, de esta u otra manera, todos los rechazos prácticos y teóricos de ciertas leyes que mantienen la esclavitud de alguna manera, la han reemplazado siempre, y siempre lo hacen, con nueva legislación que crea esclavitud de otra forma más fresca.

Lo que pasa es algo parecido a lo que un carcelero puede hacer si retira las cadenas del cuello del prisionero y las coloca en los brazos, y las de los brazos las coloca en las piernas, o las retira todas para cambiarles los pernos que las sujetan. Todas las mejorías que se han llevado a cabo en cuanto a la posición de los trabajadores han sido de esta clase.

Las leyes que le dan al amo el derecho de obligar a sus esclavos a ejecutar trabajo obligatorio, fueron reemplazadas por leyes que permiten a los amos el poseer toda la tierra. Las leyes que permiten que toda la tierra se vuelva propiedad privada pueden reemplazarse

por leyes tributarias, y el control de éstas en manos de los amos. Las leyes tributarias pueden reemplazarse por otras que defienden el derecho de propiedad privada de artículos necesarios y de los medios de producción. Las leyes que mantienen la propiedad en tierra y en artículos necesarios y en medios de producción, pueden, como se propone ahora, ser reemplazados por el trabajo obligatorio.

Así, es evidente que la abolición de una forma de legislación que produce la esclavitud de nuestros tiempos – ya sea en impuestos o propiedad en tierra o en artículos y medios de producción – no eliminará la esclavitud sino que rechaza una de sus formas, que inmediatamente será reemplazada por una nueva, como sucedió con la abolición de la esclavitud corporal y la servidumbre y con la supresión de impuestos. Aun la abolición de las tres clases de leyes al tiempo, no abolirá la esclavitud, sino que traerá una nueva forma previamente desconocida – que es lo que ya comienza a verse y a encadenar la libertad del trabajo por medio de legislación sobre horas de trabajo, edad y salud de los trabajadores, así como la asistencia obligatoria a escuelas, deducciones para seguros de vejez y accidentes, por todos los requisitos en las fábricas, etc. Todo esto no es más que una legislación transitoria – para preparar una nueva y sin experimentar forma de esclavitud.

Se hace evidente que la esencia de la esclavitud no está en estas tres clases de legislación sobre las cuales ahora descansa, y ni siquiera en estas o en otras legislaciones, sino en el hecho de que exista la legislación – esto es, que haya gente que tiene el poder de decretar leyes que las beneficien a ellas, y que mientras exista ese poder existirá la esclavitud.

Anteriormente era provechoso tener esclavos; y se legisló sobre la esclavitud. Después se volvió provechoso el poseer la tierra, cobrar impuestos, y conservar las cosas que uno había adquirido, y se legisló de acuerdo con la situación. Ahora es provechoso mantener la dirección y división del trabajo, y se diseñan leyes que han de obligar a la gente a trabajar bajo la presente separación y división del trabajo. Así, la causa fundamental de la esclavitud es la legislación: el hecho de que haya gente que tiene el poder de promulgar leyes.

¿Qué es legislación? ¿Qué le da a la gente el poder de legislar?

CAPÍTULO XII – LA ESENCIA DE LA LEGISLACIÓN ES LA VIOLENCIA ORGANIZADA

¿Qué es legislación? ¿Y qué es lo que permite a la gente establecer leyes?

Existe toda una ciencia, aun más antigua, mentirosa y confusa que la economía política, cuyos servidores en el curso de los siglos han escrito millones de libros (la gran parte contradiciéndose unos a otros) para contestar esas preguntas. Pero como el objetivo de esta ciencia, como el de la economía política, no es explicar lo que ahora es y lo que debe ser, sino más bien probar que lo que ahora es, es lo que debe ser, así sucede que en esta ciencia (jurisprudencia) encontramos muchas disertaciones acerca de derechos, acerca de objeto y sujeto, acerca de la idea del Estado y muchas otras materias, que son tan ininteligibles tanto a los estudiantes como a los maestros de esta ciencia; pero no tenemos una respuesta clara a la pregunta - ¿qué es legislación?

De acuerdo a la ciencia, legislación es la expresión del deseo de toda la gente; pero como los que quebrantan la ley, o que desean quebrantarla y sólo se refrenan de hacerlo por temor al castigo, son siempre más numerosos que los que quieren regirse por el código, es evidente que la legislación ciertamente no puede ser considerada como la expresión del deseo de toda la gente.

Por ejemplo, hay leyes acerca de no dañar los postes del telégrafo; acerca del respeto para con cierta gente; acerca de prestar el servicio militar (15) o servir de jurado; acerca de no llevar ciertas cosas más allá de cierta frontera; o acerca de no usar la tierra considerada como propiedad de otro; acerca de no hacer circular “fichas” como dinero; ni usar artículos considerados como propiedad de otros, y acerca de muchas otras cosas.

Todas estas leyes y muchas otras son extremadamente complejas, y pudieron ser aprobadas por diversos motivos, pero ninguno expresa el deseo de toda la gente. Hay sólo una característica común a todas estas leyes, que si cualquier persona no las cumple, los que las han establecido envían hombres armados que golpearán o privarán de la libertad, o aun matarán, a quien no quiera obedecer la ley.

Si un hombre no desea dar, como impuesto, parte del producto de su trabajo según lo soliciten, hombres armados vendrán a cobrarle y si resiste será golpeado, privado de la libertad y algunas veces hasta encontrará la muerte. Lo mismo le pasará al hombre que comienza a utilizar la tierra considerada como propiedad de otro. Lo mismo pasará al hombre que haga uso de las cosas que desea para satisfacer sus necesidades o para hacer más fácil su trabajo, si estas cosas son consideradas como propiedad de otro; hombres armados vendrán y le privarán de lo que ha usado, y si resiste, lo golpearán, privarán de la libertad o aun le darán muerte. Lo mismo pasará a quien no muestre respeto por quienes se ha decretado que debemos respetar, y quien no obedezca enrolarse como soldado, o quien pasa “fichas” como dinero.

Por cada incumplimiento de las leyes establecidas hay un castigo: quien ofende es sometido, por quienes hacen las leyes, a golpes, encierro o a perder la vida.

Muchas constituciones han sido diseñadas, comenzando por la inglesa y americana y terminando por la japonesa y turca, de acuerdo a las cuales la gente debe creer que todas las leyes establecidas en sus países han de ser deseadas por la población. Pero todo el mundo sabe que no sólo en países despóticos, sino también en los más libres – Inglaterra, EE.UU..., Francia y otros – las leyes no se hacen según el deseo de todos, sino según el deseo de los que tienen el poder, y por lo tanto siempre y en todas partes son tales mientras sean provechosas a quienes detectan el poder; ya sean muchos o pocos o un solo hombre. En todas partes y siempre las leyes se hacen cumplir por el único medio que obligaba, y todavía obliga, a la gente a obedecer el deseo de otros, a saber, golpes, privación de la libertad, o el asesinato. No puede haber otra manera.

No puede ser de otra manera, puesto que las leyes son órdenes de cumplir ciertas reglas; y para obligar a la gente a obedecer ciertas reglas (esto es, a hacer lo que otros quieren) sólo puede lograrse con golpes, privación de la libertad o asesinato. Si hay leyes, tiene que existir la fuerza que obliga a la gente a cumplirlas. Y sólo hay una fuerza que obliga a la gente a cumplir leyes (esto es, a obedecer a otros) – y esa fuerza es la violencia; no la simple violencia que usa una persona contra otra en momentos de pasión, sino la violencia organizada utilizada por los que están en el poder, con el objeto de obligar a otros a obedecer las leyes que ellos (los poderosos) han hecho – en otras palabras, a cumplir su deseo.

Y así la esencia de la legislatura no está en el Sujeto o en el Objeto, en derechos, o en la idea del dominio del deseo colectivo, o en otras condiciones indefinidas y confusas, sino que se apoya en el hecho de que gente que maneja violencia organizada tiene el poder de obligar a otros a obedecer y a hacer lo que ellos quieren.

Por lo tanto, la definición exacta e irrefutable de legislación, inteligible a todos, es: *Las leyes son reglas, hechas por gente que gobierna por medio de violencia organizada, el incumplimiento de las cuales somete a quien las incumple a golpes, pérdida de la libertad o aun a ser asesinado.*

Esta definición da respuesta a la pregunta ¿Qué es lo que hace posible a una gente hacer leyes? La misma cosa que hace posible establecer leyes, así como hacerlas cumplir, es la violencia organizada.

CAPÍTULO XIII - ¿QUÉ SON LOS GOBIERNOS? ¿ES POSIBLE EXISTIR SIN GOBIERNOS?

La causa de la miserable condición de los trabajadores es la esclavitud. La causa de la esclavitud es la legislación. La legislación descansa en la violencia organizada.

Se deduce de esto que una mejoría en las condiciones del pueblo sólo es posible aboliendo la violencia organizada.

“Pero la violencia organizada es el gobierno, y ¿cómo poder vivir sin gobiernos? Sin gobiernos habrá caos, anarquía; todos los adelantos de la civilización han de perecer y la gente volverá a su barbarismo primitivo”.

No sólo para quienes el orden existente les es provechoso, sino aun para quienes es evidentemente no provechoso, pero que están tan acostumbrados a él que no pueden imaginarse la vida sin violencia gubernamental – es común decir que no nos debemos atrever a tocar el presente estado de cosas. La eliminación del gobierno, dicen ellos, producirá grandes infortunios – disturbios, robos, y asesinatos – hasta que los peores hombres se toman el poder y esclavizan la gente. Pero no mencionan el hecho que todo esto – disturbios, robos, y asesinatos, seguidos por el gobierno de los malos y el cautiverio de los buenos – todo esto es lo que ha sucedido, y está sucediendo, y el anticiparse a decir que al modificar el presente estado se producirán disturbios y desórdenes no prueba que el presente orden es bueno.

“Basta con tocar el presente estado de las cosas y se vendrán los mayores males”.

Basta tocar un ladrillo de los miles de ladrillos de una columna delgada, de varios metros de altura, y todos los ladrillos se caerán y se quebrarán! Pero el hecho de que al retirar un ladrillo, o darle un golpe, que destruye la columna y quiebra los ladrillos no prueba que es correcto colocar ladrillos en una posición tan innatural e inconveniente. Por el contrario, demuestra que no se deben colocar ladrillos así, sino que deben quedar firmes, de tal manera que se puedan utilizar sin destruir la construcción. Lo mismo pasa con las actuales organizaciones del Estado. La organización del Estado es extremadamente artificial e inestable, y el hecho de que el menor golpe la destruya, no sólo no prueba que es necesaria sino que por el contrario indica que, si en alguna época fue necesaria, ahora es absolutamente innecesaria, y por lo tanto dañina y peligrosa.

Es dañina y peligrosa porque el efecto de esta organización en todos los males que existen en la sociedad no es aminorarlos y corregirlos, sino más bien fortalecer y confirmar esos males. Y se fortalece y confirma al presentarla como justificada y puesta en forma atractiva, o en secreto.

Todo el bienestar que vemos en los llamados Estados bien gobernados, regidos por violencia, es sólo una apariencia – una ficción. Todo lo que disturbaría la apariencia externa del bienestar – los hambrientos, los enfermos, los viciosos repugnantes - está escondido donde no se puede ver. Pero el hecho de que no los veamos no significa que no existen; por el contrario, mientras más ocultos más habrá de ello, y más crueles serán los que son la

causa de su condición. Es cierto que toda interrupción, y todavía más cada suspensión de la acción gubernamental como la violencia organizada, disturba esta apariencia externa de bienestar de nuestra vida, pero tales disturbios no producen el desorden, sino que muestran lo que está escondido y hace posible su enmienda.

Hasta ahora, digamos hasta el fin del siglo XIX, la gente pensaba y creía que no podía vivir sin gobiernos. Pero la vida fluye, y las condiciones y puntos de vista de la gente cambian. Y, no obstante los esfuerzos de los gobiernos para mantener a la gente en una condición infantil en la cual un hombre herido siente como si fuera mejor para él tener alguien a quien quejarse, la gente – especialmente la trabajadora, tanto en Europa como en Rusia – están emergiendo cada vez más de su niñez y comienzan a entender las verdaderas condiciones de su vida.

“Nos dicen que si no fuera por ustedes seríamos conquistados por los países vecinos: por los chinos o los japoneses”, y la gente dice “pero leemos en la prensa y sabemos que nadie está amenazando atacarnos, y que sólo ustedes - los que nos gobiernan – quienes por algunos objetivos, ininteligibles a nosotros, se provocan unos a otros, y luego, pretendiendo defender su propio pueblo, nos arruinan con impuestos para el mantenimiento de la flota, para armamentos, o para ferrocarriles estratégicos, que sólo son requeridos para satisfacer vuestra ambición y vuestra vanidad; y luego organizan guerras unos contra otros, como ya lo han hecho contra los pacíficos chinos. Nos dicen que defienden la propiedad en tierra por nuestro beneficio; pero su defensa tiene este efecto: que toda la tierra ya pasó o está pasando al control de ricas compañías de bancos que no trabajan, mientras que nosotros, la inmensa mayoría de la gente, estamos siendo privados de la tierra y dejados en manos de los que no trabajan; Ustedes, con sus leyes sobre la propiedad en tierra, no defienden la propiedad en tierra, sino que se la quitan a los que la trabajan. Ustedes dicen que aseguran a cada hombre el producto de su trabajo, pero hacen todo lo contrario: todos los que producen artículos de valor, gracias a la pseudo-protección, están en una posición que no sólo nunca reciben el valor de su trabajo, sino que están toda la vida en completo sometimiento y bajo el poder de los que no trabajan.

Así la gente, al final del siglo, comienza a entender y a hablar. Y este despertar del letargo en el cual los gobiernos los han mantenido, está haciéndose manifiesto en proporción creciente. En los últimos cinco o seis años la opinión pública del hombre común, no sólo en las ciudades sino también en las aldeas, y no sólo en Europa, sino también entre nosotros en Rusia, ha cambiado notablemente.

Se dice que sin gobierno no tendríamos esas instituciones públicas, instructivas y educacionales que son necesarias para todos.

Pero ¿por qué suponemos esto? ¿Por qué no creer que quienes no sean funcionarios no pueden arreglar las cosas por ellos mismos, así como los funcionarios pueden arreglarlas no para ellos sino para otros?

Podemos ver que, por el contrario, que en la mayoría de las cosas las gentes de nuestro tiempo arreglan sus vidas incomparablemente mejor que como las arreglan los que gobiernan. Sin la menor ayuda del gobierno, y muchas veces a pesar de la interferencia del

gobierno, la gente organiza toda clase de empresas sociales – uniones, sociedades cooperativas, compañías ferroviarias, “arteles” (16), y sindicatos. Si se requiere hacer colectas para obras públicas, ¿por qué deberíamos suponer que gente libre no podría, sin violencia, recolectar voluntariamente los medios necesarios y llevar a cabo cualquier cosa que ahora se financia por medio de impuestos, si las obras son verdaderamente beneficiosas a todo el mundo? ¿Por qué suponer que no puede haber tribunales sin violencia? Juicios, entregados a personas en quienes los disputantes confían, siempre han existido y existirán, y no requieren violencia. Estamos tan depravados por la persistente esclavitud, que difícilmente nos imaginamos administración sin violencia. Y aun así, no es cierto: gente común rusa que emigra a regiones distantes, donde nuestro gobierno los deja solos, arreglan sus propios impuestos, administración, tribunales y policía, y siempre progresan hasta que la violencia gubernamental interfiere con su administración. Y de la misma manera no hay razón para suponer que la gente no podría, de común acuerdo, decidir como se ha de pro-ratear la tierra para su uso.

Yo he conocido gentes – Cosacos de Oural – que han vivido sin reconocer la propiedad privada de la tierra. Y había tanto bienestar y orden en su comunidad como no existe en la sociedad donde la propiedad en tierra se defiende por medio de violencia. Y yo conozco comunidades que viven sin reconocer el derecho de los individuos a la propiedad privada. Dentro de lo que recuerdo todo el campesinado ruso no aceptó la idea de la propiedad en tierra (17). La defensa de la propiedad en tierra por medio de la violencia gubernamental no sólo no ha abolido la lucha por la propiedad en tierra, sino que, por el contrario, intensifica esa lucha, y en muchos casos es su causa.

Si no fuera por la defensa de la propiedad en tierra y, como consecuencia, su aumento de precio, la gente no estaría apretujada en espacios estrechos, sino que se espaciaría en tierra libre de la cual todavía hay mucha en el mundo. Pero, como son las cosas, hay una lucha continua por propiedad en tierra; una lucha con los armamentos suministrados por los gobiernos por medio de sus leyes. Y en esta lucha no son los que trabajan la tierra, sino los que participan en la violencia gubernamental los que se benefician.

Lo mismo pasa con referencia a las cosas producidas por el trabajo. Las cosas verdaderamente producidas por el trabajo del hombre y que las necesita, son siempre protegidas por la costumbre, por la opinión pública, por sentimientos de justicia y reciprocidad, y no necesitan ser protegidos por medio de violencia.

Decenas de miles de kilómetros cuadrados de tierras forestales pertenecen a un propietario – mientras miles de personas que viven en la cercanía carecen de leña – necesitan protección por medio de violencia. También las fábricas y talleres donde generaciones de trabajadores han sido defraudados y están siendo defraudados. Y más protección requieren los centenares de miles de sacos de trigo, pertenecientes a un solo dueño, quien lo ha guardado para venderlo al triple en tiempos de hambruna. Pero ningún hombre, por degradado que sea – excepto un hombre rico o un funcionario oficial – le quitaría la cosecha a un campesino que vive de su trabajo, o la vaca de la cual obtiene la leche para sus hijos, o las *sokhas* (18), las hoces, y las palas que ha fabricado y usa. Si tan siquiera se encontrara un hombre que le quitara a otros artículos que éste había hecho y que necesitaba, un hombre tal provocaría la indignación de todos los que viven en condiciones

semejantes, que difícilmente encontraría provechoso hacerlo. Un hombre tan inmoral que lo hiciese en tales circunstancias estaría seguro de hacerlo bajo el más estricto sistema de defensa de la propiedad por medio de la violencia. Generalmente se dice: “Basta intentar abolir los derechos de propiedad en tierra, y en el producto del trabajo, y nadie trabajaría, careciendo así de la seguridad de que podrá retener lo que ha producido”. Nosotros diríamos exactamente lo contrario: la defensa por medio de la violencia de los derechos de propiedad inmoralmente conseguida, lo que ahora es costumbre, si no ha destruido por completo ha debilitado considerablemente la conciencia natural de justicia de las gentes en cuanto al uso de artículos, esto es, ha debilitado el innato y natural derecho de propiedad, sin el cual la humanidad no podría existir, y que siempre ha existido y todavía existe entre los hombres.

Y, por lo tanto, no hay razón para anticipar que la gente no será capaz de organizar sus vidas sin violencia organizada.

Por supuesto, puede decirse que los caballos y los toros tienen que ser guiados por la violencia de los seres racionales – los hombres; pero ¿por qué tienen los hombres que ser guiados, no por sus superiores, sino por gente como ellos? ¿Por qué debe la gente estar sometida a la violencia de esos hombres que están en el poder en un momento dado? ¿Qué prueba que estas gentes sean más sabias que las gentes en quienes ellas infligen violencia?

El hecho que ellos se permitan usar violencia con los seres humanos, indica que no sólo no son más sabios, sino menos sabios que los que ellos subyugan. Sabemos que los exámenes en China para el cargo de Mandarín, no aseguran que los más sabios y mejores sean escogidos. Y así de poco se obtiene por herencia, o por toda la maquinaria de promociones, o las elecciones en países constitucionales. Por el contrario, el poder siempre es usurpado por los que tienen menos conciencia y moral.

Se dice: “¿Cómo puede la gente vivir sin gobiernos, esto es, sin violencia?”. Pero, por el contrario debía preguntarse “¿Cómo puede vivir gente racional al saber que es la violencia lo que mantiene su vida social, y no estando de acuerdo?”

Una de dos cosas: o la gente es racional o es irracional. Si son irracionales, entonces todos son irracionales, y entonces todo entre ellos se decide por medio de la violencia, y no hay razón porqué algunos tienen *derecho* a usar violencia, y otros no la tienen. Y en ese caso la violencia gubernamental no se justifica. Pero si los hombres son racionales sus relaciones deben ser basadas en la razón, y no en la violencia, como sucede con los que se han tomado el poder. Y en ese caso, nuevamente, la violencia gubernamental no se justifica.

CAPÍTULO XIV - ¿CÓMO SE PUEDEN ABOLIR LOS GOBIERNOS?

La esclavitud es el resultado de las leyes, las leyes son hechas por los gobiernos, y por lo tanto, la gente sólo puede liberarse de la esclavitud aboliendo los gobiernos.

Pero, ¿cómo es posible abolir los gobiernos?

Todos los intentos de liberarse de los gobiernos por medio de la violencia, hasta ahora, siempre han dado los siguientes resultados: que en lugar del gobierno depuesto se establecen los nuevos, a menudo más crueles que los que reemplazaron.

Esto sin mencionar los pasados intentos de abolir gobiernos por medio de violencia; y de acuerdo a la teoría de los socialistas la próxima abolición del gobierno de los capitalistas, esto es, el hacer común los medios de producción, y el nuevo orden económico de la sociedad, también se va a establecer por medio de una nueva organización de violencia, y tendrá que mantenerse por los mismos métodos. Así que los intentos de acabar con violencia por medio de violencia, no han podido en el pasado, ni evidentemente podrán en el futuro, emancipar la gente de la violencia ni, en consecuencia, de la esclavitud.

Y no se puede de otra manera.

Además de los brotes de venganza o ira, la violencia se usa únicamente para obligar a algunos contra su propio deseo de hacer lo que otros quieren. Pero la necesidad de hacer lo que otros quieren, contra nuestra voluntad, es esclavitud. Y por lo tanto, mientras se mantenga cualquier violencia, con el objeto de obligar a algunos a cumplir los deseos de otros, habrá esclavitud.

Todos los intentos de abolir la esclavitud por medio de la violencia son como tratar de apagar el fuego con fuego, detener el agua con agua, o tapar un hueco cavando otro.

Por lo tanto, los medios para escapar de la esclavitud, si esos medios existen deben encontrarse no en una nueva violencia sino en abolir lo que hace posible la violencia gubernamental. Y la posibilidad de violencia gubernamental, como cualquier otra violencia perpetrada por un pequeño grupo de personas sobre un número mayor, siempre ha dependido y todavía depende, simplemente en el hecho que el pequeño grupo está armado, mientras que la mayoría está desarmada, o en que el pequeño grupo está mejor armado que la mayoría.

Este ha sido el caso de todas las conquistas: fue así como los griegos, los romanos, los Caballeros y los Pizarros conquistaron naciones. Y así es como ahora conquistan África y Asia. Y de esta misma manera en tiempos de paz, todos los gobiernos mantienen sujetos a los súbditos.

Y como antes, hay gentes que gobiernan a otros sólo porque ellos están armados y los otros no.

En la antigüedad los guerreros, con sus jefes, caían sobre los indefensos habitantes, los subyugaban y los robaban; y todos se dividían los despojos en proporción a su participación,

coraje y crueldad; y cada guerrero vio claramente que la violencia que perpetró le era conveniente. Ahora, hombres armados (sacados principalmente de las clases trabajadoras) atacan a gente indefensa: huelguistas, a los que protestan o a los habitantes de otros países, los subyugan, y los roban (esto es, les hacen ceder el fruto de su trabajo), no para ellos mismos, los asaltantes, sino para gente que ni siquiera participó en la subyugación.

La diferencia entre conquistadores y los gobiernos es sólo, que los mismos conquistadores con sus soldados atacaban poblaciones desarmadas, y en casos de insubordinación, llevaban sus amenazas hasta la tortura y ejecuciones, mientras que los gobiernos, en casos de insubordinación, no torturan ellos mismos o ejecutan a los pobladores desarmados, sino que obligan a otros a hacerlo, quienes han sido engañados y especialmente embrutecidos para ese propósito, y que son escogidos entre la misma gente a la cual el gobierno inflige violencia. Así la violencia inicialmente era infligida por un esfuerzo personal: coraje, crueldad y agilidad de los conquistadores mismos; pero ahora la violencia se inflige por medio del fraude.

Así que, anteriormente para liberarse de la violencia fue necesario armarse uno mismo y oponer violencia a la violencia armada, ahora, cuando la gente no está sometida por violencia directa, sino por fraude, es necesario, para abolir la violencia, exponer el engaño que capacita a un pequeño número de personas para ejercer violencia sobre un número mayor.

El engaño por medio del cual se hace esto, consiste en el hecho que el pequeño grupo que gobierna, al obtener poder de sus predecesores, quienes se instalaron por medio de conquista, le dice a la mayoría, “Hay muchos de vosotros, pero sois estúpidos y sin educación, y no podéis gobernaros ni decidir sobre asuntos públicos, y por lo tanto estaréis bajo nuestro cuidado: os protegeremos de los enemigos extranjeros, y arreglaremos las cosas y mantendremos el orden entre vosotros; instituiremos tribunales de justicia y ordenaremos todo, y manejaremos las instituciones públicas: escuelas, carreteras y el servicio de correos; y, en general, velaremos por vuestro bienestar; y en pago por todo esto sólo tendréis que cumplir ciertas obligaciones; y entre otras cosas, debéis dejar en nuestro completo control una pequeña parte de vuestros ingresos, y debéis entrar al servicio del ejército que es necesario para vuestra seguridad y la del gobierno”.

Y la mayoría de las gentes están de acuerdo, no porque han comparado las ventajas y desventajas de estas condiciones (no tienen otra salida), sino que desde que nacieron se han encontrado en condiciones como éstas.

Si a algunos les vienen dudas sobre si todo esto es necesario, cada cual piensa sólo por sí mismo, y tiene temor de rehusar el aceptar las condiciones; cada uno espera aprovecharlas en beneficio propio, y todos aceptan pensando que con pagar una pequeña parte de sus ingresos al gobierno, y al consentir el servicio militar, no puede hacerse mucho daño.

Pero tan pronto como los gobiernos tienen dinero y soldados, en lugar de cumplir sus promesas de defender a sus súbditos de los ejércitos enemigos, y arreglar las cosas en beneficio del pueblo, lo que hacen es provocar a sus vecinos y producir guerras; y no sólo no mejoran el bienestar de su pueblo, sino que lo arruinan y corrompen.

En “*Las Noches de Arabia*” hay una historia de un viajero que, al ser abandonado en una isla deshabitada, encontró a un anciano con las piernas desvencijadas sentado en el suelo al lado de un río. El anciano pidió al viajero que lo cargara en hombros y lo pasara al otro lado. El viajero así lo hizo, pero tan pronto el anciano se acomodó en los hombros del viajero apretó las piernas en el cuello y no se soltaba. Habiendo logrado control sobre el viajero, el anciano lo manejó como quiso, cogía las frutas de los árboles y se las comía sin participarle al que lo cargaba, y abusaba de él de todas maneras.

Esto es exactamente lo que le pasa al pueblo que suministra los soldados y dinero a los gobiernos. Con el dinero los gobiernos compran fusiles, y alquilan o entrenan comandantes militares embrutecidos y serviles. Y estos comandantes, por medio de un sistema estupefaciente, perfeccionado a través de los años y llamado disciplina, forman un ejército disciplinado con los que se hicieron soldados. La disciplina consiste en esto, que la gente que está sometida a este entrenamiento, y permanece bajo él por algún tiempo, está privada completamente de todo lo valioso en la vida humana y del principal atributo del hombre – su libertad de raciocinar – y se vuelven instrumentos sumisos de asesinato en manos de una “estadocracia” organizada y jerárquica. Y es en este ejército disciplinado que descansa el fraude, que le da al gobierno el dominio sobre los pueblos. Cuando el gobierno tiene en su poder este instrumento de violencia y asesinato, que no posee voluntad propia, todo el pueblo está en sus manos, y ya no lo sueltan, y no sólo se aprovechan de él sino que abusan, al inculcar en el pueblo, por medio de una educación pseudo-religiosa y patriótica, lealtad a, inclusive adoración, a los mismos hombres que atormentan al pueblo y lo mantienen en esclavitud.

No es por nada que reyes, emperadores y presidentes estiman en grado sumo la disciplina, y están temerosos de su quebrantamiento; y dan la mayor importancia a las revistas militares, maniobras, desfiles, marchas ceremoniales y otras sin sentido. Ellos saben que todo esto mantiene la disciplina, y que no sólo su poder sino su propia existencia dependen de la disciplina.

Ejércitos disciplinados son los medios por los cuales ellos, sin usar sus propias manos, cometen las mayores atrocidades, y esta posibilidad les da poder sobre el pueblo.

Y por lo tanto el único medio de destruir los gobiernos no es la fuerza, sino exponer este fraude. Primero es necesario que el pueblo entienda que en el cristianismo no hay necesidad de proteger a las gentes, uno del otro; que la enemistad de las gentes, el uno contra el otro, es producida por los mismos gobiernos; y que los ejércitos son sólo necesarios al pequeño grupo que gobierna; porque para el pueblo no sólo son innecesarios, sino dañinos en mayor grado, puesto que sirven de instrumento para esclavizarlo. Como segundo punto, es necesario que la gente entienda que la disciplina tan estimada por los gobiernos, es el mayor crimen que puede cometer un hombre, y es una clara indicación de la criminalidad de los objetivos de los gobiernos. La disciplina es la supresión de la razón y de la libertad del hombre, y no tiene otro objeto que la preparación para llevar a cabo crímenes que un hombre no cometería en condiciones normales. No es ni siquiera necesaria para la guerra cuando es nacional y defensiva, como lo demostraron recientemente los Boers. Es requerida, y

solamente requerida, para el propósito indicado por William II, para perpetrar los más grandes crímenes – fratricidio y parricidio.

El terrible anciano que se acomodó en los hombros del viajero se comportó igual que los gobiernos. Él se burlaba del viajero y lo insultaba, pero sabía que mientras estuviera sentado en sus hombros lo tendría bajo su poder.

Y este es exactamente el fraude, por medio del cual un pequeño número de personas que no valen nada, llamado gobierno, tiene poder sobre las gentes, y no sólo las empobrece, sino que hace lo que es más dañino – pervertir generaciones desde la niñez; es este el fraude que debe ser expuesto para lograr la abolición del gobierno y de la esclavitud que de él resulta.

El escritor alemán, Eugen Schmitt, en el periódico *Ohne Staat*, que publicaba en Budapest, escribió un artículo que era profundamente cierto y atrevido, no sólo en la expresión sino en el pensamiento. En él mostraba que los gobiernos, que justifican su existencia basados en que garantizan cierta clase de seguridad a sus súbditos, son como el jefe de ladrones en Calabria que cobraba un impuesto a los que deseaban seguridad al viajar por las carreteras. Schmitt fue acusado por ese artículo pero fue absuelto por los jueces.

Estamos tan hipnotizados por los gobiernos que tal comparación nos parece una exageración, una paradoja, o un chiste; pero en realidad no es una paradoja ni un chiste. La única inexactitud en la comparación es que la actividad de todos los gobiernos es muchas veces más inhumana, y sobre todo, más dañina que la actividad del ladrón de Calabria. El ladrón generalmente asalta al rico; los gobiernos generalmente asaltan al pobre y protegen a los ricos que los acompañan en sus crímenes. El ladrón no obliga a nadie a unirse a su banda; el gobierno generalmente enrola sus soldados por la fuerza. Todos los que pagaron el impuesto al ladrón tenían igual seguridad. Pero en el Estado, mientras más alguien participa en el robo organizado, más recibe no sólo en protección sino de premio. La mayoría de los emperadores, reyes y presidentes están protegidos (con sus permanentes guardaespaldas), y pueden gastar la mayor parte del dinero recogido de los súbditos que pagan impuesto. Le sigue en la escala de participación en los crímenes gubernamentales los comandantes en jefe, los ministros, los jefes de policía, gobernadores, y así sucesivamente, hasta llegar al policía que es el menos protegido, y que recibe salarios más bajos. Los que no toman parte en los crímenes del gobierno, que rehúsan alistarse en el ejército y pagar impuesto, o que hacen uso de la ley, están sometidos a violencia – como entre los ladrones. El ladrón intencionalmente no corrompe la gente; pero los gobiernos, para llevar a cabo sus objetivos, corrompen generaciones enteras desde la niñez hasta la edad adulta con instrucción religiosa y patriótica falsas. Sobre todo, ni siquiera el más cruel de los ladrones, ni Stenka Razin (19), ni Cartouche (20) pueden ser comparados por su crueldad, falta de compasión e inventiva en la tortura, y esto para no mencionar reyes notables por su crueldad – Juan el Terrible, Luis XI, las Isabelas, etc.- sino los actuales gobiernos liberales y constitucionales, con sus celdas solitarias, batallones disciplinarios, supresión de revueltas, y sus masacres en guerra.

Hacia los gobiernos, igual que hacia las Iglesias, es imposible no sentir veneración o aversión. Hasta que un hombre haya entendido lo que es el gobierno, y hasta que haya

entendido lo que es una Iglesia, él no puede menos que sentir veneración por esas instituciones. Mientras él es guiado por ellas, su vanidad lo hace pensar que lo que lo guía es importante y sagrado; pero tan pronto se da cuenta de que lo que lo guía no es importante ni sagrado, sino que es un fraude en manos de gentes que no valen, quienes, bajo la pretensión de guiarlo, hacen uso de él para su beneficio personal, él no puede sino sentir aversión hacia esas gentes; y mientras más importante el lado de su vida que ha sido guiado, tanto más aversión sentirá.

La gente no puede sino sentir esto cuando ha llegado a entender lo que son los gobiernos.

La gente tiene que sentir que su participación en la actividad criminal de los gobiernos, en servicio militar, no es una acción indiferente, como generalmente se supone, sino además de ser dañina a uno mismo y a nuestros hermanos, es una participación en los crímenes incesantemente cometidos por todos los gobiernos, y una preparación para nuevos crímenes que los gobiernos, al mantener ejércitos disciplinados, siempre están preparando.

La época de veneración a los gobiernos, a pesar de su influencia hipnótica que emplean para mantener su posición, cada vez disminuye más y más. Y es tiempo que la gente entienda que los gobiernos no sólo no son necesarios, sino que son instituciones dañinas y altamente inmorales, en las cuales un hombre honesto y que se respete no puede ni debe tomar parte, ni aprovecharse de las ventajas que tendría.

Y tan pronto como la gente entienda eso claramente, naturalmente dejarán de tomar parte en tales actividades, p.e. dejarán de suministrar dinero y soldados al gobierno. Y tan pronto como la mayoría de las gentes deje de hacer esto, el fraude que las esclaviza será abolido.

Solamente de esta manera la gente puede librarse de la esclavitud.

CAPÍTULO XV - ¿QUÉ DEBE HACER CADA HOMBRE?

“Pero todas estas son consideraciones generales, y sean correctas o no, son inaplicables”, será el comentario que hace la gente acostumbrada a su posición, y quienes no consideran posible o no quieren cambiarla.

“Decidnos qué hacer, y cómo organizar la sociedad”, es lo que la gente acomodada generalmente dice.

Las clases acomodadas están tan acostumbradas a su papel de dueños de esclavos que cuando se habla de mejorar la condición de los trabajadores, inmediatamente (como los dueños de siervos antes de la emancipación) comienzan a diseñar toda clase de planes para sus esclavos, pero nunca se les ocurre que no tienen derecho a disponer de otra gente; y que, si ellos en realidad quieren hacerle bien a la gente, lo único que pueden y deben hacer es dejar de hacer el mal que están haciendo. Y el mal que hacen es muy definitivo y claro. No es únicamente que emplean trabajo de esclavo, y no desean dejar de emplearlo, sino que también toman parte en el establecimiento y mantenimiento de este trabajo obligatorio. Esto es lo que deberían dejar de hacer.

Las clases trabajadoras están tan pervertidas por este trabajo obligatorio que a la mayoría le parece que si su posición es mala, la culpa es de los patronos, que pagan muy poco, y que poseen los medios de producción. No les entra en la cabeza que su mala posición depende enteramente de ellas, y que, si sólo desearan mejorar su propia situación y la de sus hermanos, y no meramente que cada cual haga lo mejor por sí mismo, la gran cosa que deben hacer es dejar de hacer el mal. Y el mal que hacen es que, al desear mejorar su posición material por los mismos medios que los han llevado a la servidumbre – los trabajadores (para poder satisfacer los hábitos que han adquirido), sacrifican su dignidad y libertad humanas, aceptan empleos humillantes e inmorales, o producen artículos innecesarios y dañinos, y sobre todo, mantienen los gobiernos – al participar en ellos pagando impuestos, y directamente como empleados – y así se esclavizan ellos mismos.

Para poder mejorar el estado de cosas, tanto las clases acomodadas y los trabajadores deben entender que la mejoría no se logra al proteger nuestros propios intereses. Servir conlleva sacrificios, y por lo tanto, si la gente verdaderamente quiere mejorar la posición de sus hermanos, y no solamente la propia, deben estar listos no sólo a modificar su manera de vivir a la cual están acostumbrados, y a perder las ventajas que han tenido, sino que deben estar preparados para una lucha interna, no contra los gobiernos, sino contra ellos mismos y sus familias, y deben estar dispuestos a sufrir persecución por el no cumplimiento de las demandas del gobierno.

Y, por lo tanto, la respuesta a la pregunta - ¿qué debemos hacer? – es muy sencilla, y no sólo definida, sino siempre en grado sumo aplicable y practicable por cada hombre, aunque no es lo que se espera de los que, como las clases acomodadas, que están convencidas que han sido nombradas para corregir, no a ellas mismas (ya que son buenas), sino enseñar y corregir a otros; y por los que, como los trabajadores, están seguros de que, no ellos (sino los capitalistas) tienen la culpa de que su posición sea tan mala, y piensan que las cosas pueden corregirse al quitarles a los capitalistas las cosas que usan, y arreglar todo de tal

manera que todos puedan hacer uso de esas comodidades de la vida que ahora sólo tienen los ricos. La respuesta es muy definida, aplicable y práctica, porque demanda la actividad de esa persona, sobre la cual cada uno de nosotros tiene poder real, verdadero e incuestionable, es decir, uno mismo; y consiste en esto, que si un hombre ya sea esclavo o dueño de esclavos – verdaderamente desea mejorar no sólo *su* posición, sino la posición del pueblo en general, no debe hacer esas cosas que lo esclavizan a él y a sus hermanos. Y para no hacer el daño que produce miseria a él y a sus hermanos *no debe primero que todo, ni voluntariamente ni bajo presión, tomar parte en actividades del gobierno, y no debe ser ni soldado, ni mariscal, ni ministro de Estado, ni un cobrador de impuestos, ni testigo, ni concejal, ni jurado, ni gobernador, ni miembro del Parlamento, ni debe desempeñar ninguna posición conectada con violencia.* Esta es una primera cosa.

Segundo, *tal hombre no debe pagar impuestos al gobierno voluntariamente, directa o indirectamente; ni debe aceptar dinero recogido de impuestos, ya sea como salarios o pensión, o bonificación, ni debe hacer uso de instituciones gubernamentales mantenidas con impuestos recogidos por medio de violencia.* Esta es una segunda cosa.

Tercero, *un hombre que no desee promover sólo su bienestar, sino mejorar la posición de la gente en general, no debe solicitar la violencia del gobierno para proteger sus posesiones en tierra y otras, ni para defenderse él y los suyos; sino que sólo debe poseer tierra y los productos de su trabajo y del de otros, con tal de que éstos no lo reclamen.*

“Pero tal actividad es imposible: rehusar toda participación en las funciones del gobierno, significa renunciar a vivir”, es lo que dirá la gente. “Un hombre que rehúsa el servicio militar será puesto en prisión; el que no pague los impuestos será castigado, y el impuesto lo obtendrán de su propiedad; un hombre que, no teniendo otros medios de vida, rehúsa el servir en el gobierno se morirá de hambre, con su familia; lo mismo le pasará al hombre que rechace la protección del gobierno de su propiedad y de su persona; no hacer uso de cosas que pagan impuesto o de instituciones gubernamentales, es casi imposible, pues la mayoría de los artículos paga impuesto; y de igual manera es imposible dispensar de instituciones oficiales como el correo, las carreteras, etc.

Es cierto que es difícil para un hombre de nuestro tiempo hacerse a un lado de toda participación en la violencia del gobierno. Pero el hecho de que no todos pueden arreglar su vida para no participar, de alguna manera, en la violencia del gobierno, no indica que no es posible librarse uno cada vez más y más. No todos tienen la fortaleza de rehusar el servicio militar (aunque haya, y habrá algunos), pero cada hombre puede abstenerse de entrar voluntariamente al ejército, la policía, o el servicio judicial o como recaudador, y puede preferir una posición privada con menor salario que una pública mejor pagada. No todos tendrán la fortaleza de renunciar a sus tierras (aunque algunos lo hacen), pero cada persona puede, al comprender lo equivocado de esta propiedad, disminuir su extensión. No todos pueden renunciar a la posesión de capital (hay algunos que lo hacen), o el uso de artículos defendidos por la violencia, pero cada hombre puede, al disminuir sus requerimientos, necesitar cada vez menos artículos que provocan la envidia de otros. No todo oficial puede renunciar al salario del gobierno (aunque hay hombres que prefieren aguantar hambre en lugar de emplearse con el gobierno), pero todos pueden preferir un salario menor a uno mayor, para tener deberes menos dependientes de violencia; no todos pueden rehusar

hacer uso de las escuelas del gobierno (21) (aunque hay algunos que lo hacen), pero todos pueden dar preferencia a las escuelas privadas, y cada cual puede hacer uso cada vez menos y menos de los artículos que pagan impuestos, y de las instituciones gubernamentales.

Entre el orden existente, respaldado por la fuerza bruta, y el ideal de una sociedad basada en un acuerdo razonable confirmado por la costumbre, hay una infinidad de pasos que la humanidad está dando, y la llegada al ideal sólo se logra en cuanto la gente se libre de participar en violencia, de aprovecharse de ella, y de acostumbrarse a ella.

No sabemos, y no podemos visualizar, y todavía menos – como los pseudo-científicos – predecir, de qué manera este debilitamiento gradual del gobierno y emancipación de la gente se llevará a cabo; ni sabemos qué nuevas formas de vida se presentan al progresar la emancipación gradual pero sí sabemos con seguridad que la vida de la gente, que habiendo entendido la criminalidad y daño de la actividad del gobierno, trata de no hacer uso de ellas, o tomar parte en ellas, será muy diferente, y más de acuerdo con la ley de la vida y con nuestras propias conciencias, que la vida presente, en la cual las gentes mientras participan de la violencia del gobierno, pretenden luchar contra ella, y tratan de destruir la vieja violencia con una nueva violencia.

Lo principal de todo es que el presente arreglo de vida es malo; y todos están de acuerdo. La causa de las malas condiciones y de la existente esclavitud está en la violencia utilizada por los gobiernos. Hay sólo una manera de abolir la violencia de los gobiernos; que la gente se abstenga de participar en violencia. Y, por lo tanto, ya sea difícil o no de abstenerse de participar en la violencia gubernamental, y ya sea que los buenos resultados de tal abstinencia sean o no pronto aparentes – son preguntas superfluas; porque para liberar a la gente de la esclavitud no hay más que una manera – y no otra.

Hasta que tanto y cuando, un acuerdo voluntario confirmado por la costumbre, reemplazará la violencia en cada sociedad y en todo el mundo, dependerá de la fortaleza y claridad de conciencia de las gentes, y del número de individuos que harán suya esta conciencia. Cada uno de nosotros es una persona aparte, y cada cual puede ser un participante en el movimiento general de la humanidad por su mayor o menor claridad en reconocer el objetivo ante nosotros, o puede ser un opositor al progreso. Cada cual debe escoger; oponerse a la voluntad de Dios, construyendo sobre la arena la casa inestable de una breve y elusiva vida – o unirse al movimiento inmortal de una verdadera vida de acuerdo con la voluntad de Dios.

Pero tal vez estoy equivocado, y las verdaderas conclusiones de la vida humana no son éstas, y la raza humana no se está moviendo hacia la emancipación de la esclavitud; tal vez puede probarse que la violencia es un factor necesario al progreso, y que el Estado con su violencia es una forma de vida necesaria, y que será peor para la gente el abolir los gobiernos, y el abolir la defensa de nuestras personas y nuestra propiedad.

Aceptemos que es así, y digamos que todo el razonamiento anterior está equivocado; pero además de las consideraciones acerca de la vida de la humanidad, cada cual debe hacerle

frente a la cuestión de su propia vida, y un hombre no puede hacer lo que admite que es, no sólo perjudicial, sino incorrecto.

“Muy posiblemente los razonamientos que muestran al Estado como una fuerza necesaria del desarrollo del individuo, y la violencia gubernamental como necesaria para el bienestar de la sociedad, pueden deducirse de la historia, y son correctos”. Cada hombre honesto y sincero responderá. “Pero el asesinato es malo - yo sé esto con más seguridad que cualquier razonamiento; al exigiros entrar al ejército, o pagar por alquilar y equipar soldados, o para comprar cañones y construir fortificaciones, ustedes desean hacerme cómplice de asesinato y eso no puedo hacer ni lo haré. Y tampoco deseo, ni puedo, hacer uso de dinero que ustedes han quitado al hambriento con amenazas de asesinato; ni tampoco deseo hacer uso de tierra o capital defendidos por ustedes porque sé que su defensa descansa en el asesinato.

“Yo pude hacer estas cosas cuando no comprendía toda la criminalidad, pero una vez que la vi, no puedo evitar verla, y no puedo tomar parte en estas cosas”.

“Yo sé que estamos todos tan envueltos en violencia, que es difícil evitarla completamente, pero yo, sin embargo, haré todo lo que pueda, para no participar en ella: no seré cómplice de ella, y trataré de no hacer uso de lo que se obtiene y es defendido por asesinato”.

“Sólo tengo una vida, y ¿por qué debería yo, en esta breve vida, actuar en contra de mi conciencia y volverme partícipe de vuestros abominables hechos? No puedo hacerlo, y no lo haré”.

“Y cuáles serán las consecuencias de todo esto – no lo sé. Solamente pienso que nada perjudicial puede resultar del actuar como lo demanda mi conciencia”.

Así, en nuestros tiempos, todo hombre honesto y sincero debería tener una respuesta a todos los argumentos acerca de la necesidad de gobiernos y de violencia, y a toda demanda o solicitud de compartirlos.

La conclusión a la cual nos debe llevar un razonamiento general, es así confirmado a cada individuo, por ese supremo y acusador juez – la voz de la conciencia.

UNA CONSIDERACIÓN POSTERIOR

“Pero este es el mismo viejo sermón: por una parte presionándonos a destruir el orden actual sin poner nada en su lugar, y por otra parte exhortándonos a no actuar”, es lo que muchos dirán al leer lo que he escrito. “La acción gubernamental es mala, igualmente lo es la del terrateniente, y la del hombre de negocios; igualmente mala es la actividad de los socialistas y la de los anarquistas revolucionarios; esto es, todas las actividades prácticas son malas, y sólo es buena alguna actividad moral, espiritual e indefinida, que lleva al caos e inacción”. Así, lo sé yo, muchas personas serias y honestas piensan y opinan.

Lo que más preocupa a la gente en la idea de no violencia, es que la propiedad no puede ser protegida, y que cada hombre, por lo tanto, podrá apoderarse de lo que necesita o meramente de lo que guste, sin que se le castigue. A la gente acostumbrada a la defensa de la propiedad y de las personas por medio de la violencia, le parece que sin esa defensa habrá un perpetuo desorden, una lucha constante de todos contra todos.

No repetiré lo que ya he dicho en otra parte, para demostrar que la defensa de la propiedad por medio de la violencia no disminuye sino que incrementa el desorden. Pero, aceptando que si no hay defensa se puede presentar el desorden, ¿qué van a hacer los que han comprendido la causa de las calamidades de las cuales sufren?

Si ya sabemos que estamos mal debido a la borrachera, no debemos (con la esperanza de mejorar las cosas si bebemos moderadamente), continuar bebiendo, ni tomar medicinas que nos receten médicos (que no ven las cosas) y continuar bebiendo.

Y lo mismo pasa con las enfermedades sociales. Si hemos comprendido que estamos enfermos porque algunos usan violencia contra otros, no podemos mejorar la posición de la sociedad ya sea manteniendo el respaldo a la violencia del gobierno, o introduciendo una nueva clase de violencia revolucionaria o socialista. Eso se hubiera podido hacer mientras no se había visto la causa fundamental de la miseria del pueblo. Pero tan pronto como indudablemente se ha hecho claro que el pueblo sufre por la violencia de algunos, se vuelve imposible mejorar la posición continuando con la anterior violencia, o introduciendo una nueva. Así como el hombre que sufre de alcoholismo sólo puede curarse de una manera - absteniéndose de intoxicantes que son la causa de su enfermedad, así también hay sólo una manera de liberar a los hombres de la mala organización de la sociedad, y esa es abstenerse de violencia, la causa del sufrimiento, de predicarla y de justificarla.

Y no sólo es la única manera de liberar al pueblo de sus males, sino que debemos adoptarla porque coincide con la conciencia moral de cada individuo en nuestros tiempos. Si un hombre actual ha comprendido que toda defensa de propiedad o personas por medio de la violencia sólo se obtiene amenazando con asesinato o asesinando, no puede, con una conciencia limpia, hacer uso de lo que se obtiene por medio de asesinato o amenaza de asesinato, y mucho menos tomar parte en asesinatos o amenazas de asesinato. Así que lo que se desea para liberar a la gente de su miseria es también necesario para la satisfacción de la conciencia moral de todo individuo. Y, por lo tanto, para cada individuo no puede quedar duda de que tanto para el bien común, y para cumplir con la ley de la vida, no debe ni tomar parte en violencia, ni justificarla, ni hacer uso de ella.

NOTAS SUPLEMENTARIAS

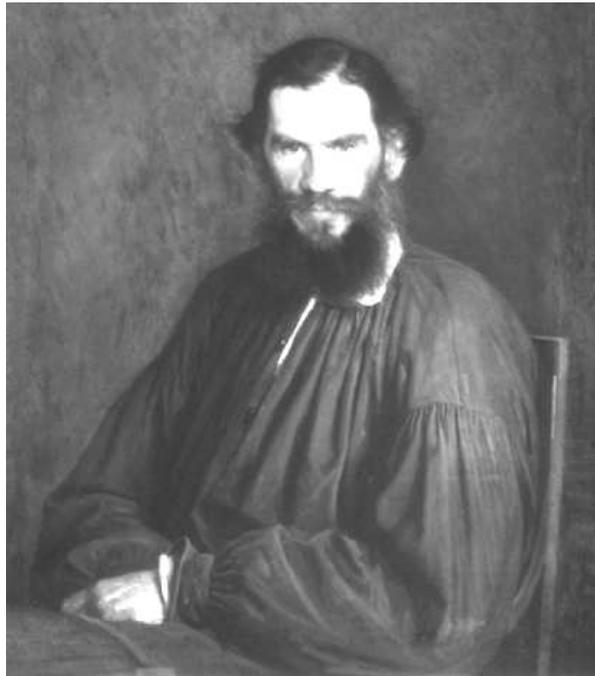
- 1) Los siervos de Rusia y los esclavos en los Estados Unidos fueron emancipados al mismo tiempo. (T).
- 2) El primer volumen de El Capital de Marx apareció en 1867 (T).
Del contexto parece que Tolstoy se está refiriendo más bien a los político-economistas antes de la era de Marx, como Ricardo, quien justificaba el sistema capitalista de la Revolución Industrial. (G. W.)
- 3) Comparar con las palabras de Walter Bagehot “El mundo que nuestros político-economistas consideran es también un mundo muy limitado y especial. Ellos (la gente) a menudo imaginan que lo que leen se aplica a todos los estados de la sociedad, e igualmente a todos, mientras que sólo es cierto de – y sólo comprobado – los estados de la sociedad en los cuales el comercio ha tenido un desarrollo, aunque sólo sea cercano, al de Inglaterra”. *Los Postulados de Economía Política*. (T).
- 4) En Rusia, como en muchos otros países, la mayor parte del trabajo agrícola lo hacen campesinos que trabajan su propia tierra, por su cuenta. (T).
Hoy, en Rusia, el sistema de cultivo individual, luego de haber sido intensificado después de la revolución de 1917 al dividir la tierra entre los campesinos, ha sido reemplazado por un sistema de producción colectivo, respaldado y supervisado por el Estado (G.W.)
- 5) Un líder del socialismo científico alemán (T).
- 6) Antes de la emancipación de los siervos en Rusia algunos propietarios tenían teatros privados y grupos de músicos y actores compuestos por sus propios siervos. En muchos estados los siervos producían una variedad de artículos de lujo y necesarios de artesanía, para los propietarios. (T).
- 7) N.V.Gogol (1809 – 1857), escritor admirable y un valioso hombre (T).
Gogol fue el autor de numerosas obras, como “Almas muertas” - novela; y el “Inspector del Gobierno” - teatro, que satirizaban el sistema de servidumbre y el servicio del gobierno zarista. Sin embargo se atemorizó por la radical interpretación que le dieron a sus obras y escribió una defensa del *status quo* que provocó un demoledor rechazo del crítico liberal Byelinsky. La repuesta de Byelinsky fue censurada, pero siempre tuvo una gran influencia, y la lectura de su carta en una reunión fue uno de los cargos que tuvieron contra Dostoevsky y sus asociados para enviarlos a Siberia. (G.W.)
- 8) El mismo Tolstoy dio ejemplo emancipando voluntariamente a todos sus siervos. (T).
- 9) Debe tenerse en cuenta que los rusos educados, aunque políticamente mucho menos libres, intelectualmente son mucho más libres que sus correspondientes sectores de la población inglesa. Puntos de vista sobre economía, religión, que son sólo tenidos por gente “avanzada”, han sido populares entre los estudiantes rusos durante una generación. En especial las doctrinas de Marx, y de los socialistas científicos alemanes, en general, han tenido más aceptación allá que aquí. (T).
- 10) Que se haga justicia aunque el mundo perezca.
- 11) Que se conserve la cultura aunque la justicia perezca.
- 12) Tenemos un caso semejante cercano. En 1899 el número de ferroviarios accidentado mortalmente en el Reino Unido fue 1085, además de 5000 heridos, y sin embargo las compañías desean evitar la introducción de precauciones como el acoplamiento automático de rieles, hasta que muera más gente. (T).
Desde el fin del siglo pasado (XIX) hubo en realidad una mejoría en la seguridad de los ferrocarriles, debida especialmente a la agitación de los mismos trabajadores. En 1941, un año típico reciente, sólo hubo 321 accidentes fatales, menos de la tercera parte que en 1889 (G.W.)

- 13) Moscú tiene un sistema de drenaje defectuoso, y hay mucha gente empleada todas las noches en bombear y limpiar el contenido de pozos sépticos en barriles enormes, y en llevarlos fuera de la ciudad. (T).
- 14) He dejado la distinción entre Europa y Rusia (algo natural y acostumbrado por los escritores rusos), como aparece en el original. (T).
- 15) No debe olvidarse que el servicio militar obligatorio, con el cual nos amenazan en Inglaterra, ya existe en Rusia. (T).
Por supuesto que el servicio militar obligatorio ya existe en Inglaterra como en Rusia, y esto hace más relevante la observación de Tolstoy. (G.W.)
- 16) El *artel*, en su forma más común, es una asociación de trabajadores o empleados ante los cuales el *artel* es colectivamente responsable. (T).
- 17) La servidumbre fue legalizada más o menos en 1597 por Boris Gudonof, quien prohibió a los campesinos abandonar la tierra en donde estaban establecidos. La teoría de los campesinos era que *ellos* pertenecían a los propietarios pero la *tierra* era de ellos. “Nosotros somos vuestros, pero la tierra es nuestra”, era el decir hasta la emancipación bajo el zar Alejandro II, cuando muchos se sintieron defraudados por el convenio que dio mucha tierra a los propietarios. (T).
- 18) El *sodka* es un arado liviano, como los que fabrican y usan los campesinos rusos. (T).
- 19) Líder cosaco de una insurrección en la segunda mitad del siglo XVII. (T).
- 20) El jefe de una banda de ladrones en París a principios del siglo XVIII. (T).
- 21) Con referencia a escuelas, las circunstancias son diferentes en Rusia a lo que son en Inglaterra. Inglaterra tiene educación obligatoria, Rusia no. Pero en Rusia el gobierno obstaculiza el establecimiento de escuelas privadas, y reduce las universidades a la condición de instituciones gubernamentales, observadas por espías. (T).

Hoy en día la educación es obligatoria tanto en Rusia como en Inglaterra, y las escuelas dependen directamente del Estado, lo cual, como en los días de los zares, ejerce un riguroso control sobre la enseñanza. (G.W.)

- NOTAS -
- 1) (T), corresponde al traductor oficial de las obras de Tolstoy al idioma inglés, AYLMER MAUDE.
 - 2) (G.W.) corresponde a quien escribió la Introducción. No aparece el nombre completo.
 - 3) Traducido y editado por G. Lema – lemagerman@yahoo.com - Cali – COLOMBIA, basado en publicación hecha por los trabajadores de Briant Colour Printing, Londres, durante la toma de control de la fábrica, en junio 1972.

LA ESCLAVITUD DE NUESTROS TIEMPOS



LEÓN TOLSTOY

Traducido del ruso al inglés por Aylmer Maude

Traducción del inglés y editado por G. Lema

lemagerman@yahoo.com

Cali, Colombia

2003